Nuria Giniger y Rodolfo Kempf

LIBRE DE HUMO

Ensayo sobre desarrollo, ambiente y emancipación.

Prólogo de
Juan Ramón Quintana

Editorial Cienflores

CONICET
CEIL

LIBRE DE HUMO

Ensayo crítico sobre desarrollo, ambiente y emancipación

Giniger, Nuria
Libre de humo : ensayo crítico sobre desarrollo, ambiente y emancipación / Nuria Giniger ; Rodolfo Kempf ; Prólogo de Juan Ramón Quintana . - 1a ed - Ituzaingó : Cienflores ; Ciudad Autónoma de Buenos Aires : CEIL-CONICET, 2022.
112 p. ; 17 x 11 cm.
ISBN 978-987-4039-58-3
1. Ecologismo . 2. Filosofía de la Naturaleza. 3. Cuidado del Medio Ambiente. I. Kempf, Rodolfo II. Quintana , Juan Ramón, prolog. III. Título.
CDD 577

© Nuria Giniger y Rodolfo Kempf, 2022
© Editorial Cienflores, 2022
Lavalle 252 (1714) - Ituzaingó
Pcia. de Buenos Aires - República Argentina
Tel: 2063-7822 / 11 6534 4020
Contacto: editorialcienflores@gmail.com

Director editorial: Maximiliano Thibaut
Diseño de portada: Soledad De Battista
Diseño editorial: CEIL CONICET
PIP 11220200100548CO "Transformaciones de la hegemonía empresaria a partir de la pandemia del Covid-19"

Impreso en Argentina

Ninguna parte de esta obra puede ser reproducida o transmitida en cualquier forma o por cualquier medio electrónico o mecánico, incluyendo fotocopiado, grabación o cualquier otro sistema de archivo y recuperación de información, sin el previo permiso por escrito de los editores.

LIBRE DE HUMO
Ensayo crítico sobre desarrollo, ambiente y emancipación

Nuria Giniger
Rodolfo Kempf

Editorial Cienflores

CONICET
CEIL

Indice

Agradecimientos 7

Prólogo
Juan Ramón Quintana 9

Libre de humo. Ensayo crítico sobre desarrollo, ambiente y emancipación
Nuria Giniger y Rodolfo Kempf 25

En el nombre de la naturaleza 27

Ecocapitalismo 38

Reloca titila luz 49

Todos los caminos conducen a Roma 62

La jaula es tan grande que parece que volás 69

Nos privatizaron el viento, nos privatizaron el sol 79

Con este fulgor, mañana es mejor 93

Para seguir leyendo 107

Lxs autores 111

Agradecimientos

La publicación de un libro es siempre una excelente noticia y tiene detrás mucho más que el nombre de lxs autores. En este caso, no hubiera sido posible sin el espacio que nos dieron lxs compañerxs de Hamartia en su revista. Cuando comenzó el conflicto por la extracción de petróleo *off-shore* en Mar del Plata, confiaron en que podíamos aportar otra mirada al debate. Esas pequeñas entregas también tuvieron un montón de lectores atentxs que nos hicieron llegar comentarios y observaciones, imprescindibles para este trabajo final.

Pero además, hubo quienes confiaron en que este libro podía ayudar a dar debates de nuestro tiempo y nos dieron el apoyo: Federación Judicial Argentina y la generosidad del Secretario General, Matías Fachal y el Secretario Gremial, Emiliano Sanhueza. La Asociación Sindical de Profesionales de la Salud de la Provincia de Buenos Aires. (CICOP) y la generosidad de su Secretario General, Pablo Maciel.

Finalmente, sin editores no hay libros: agradecemos enormemente a Irene Brousse, del CEIL-CONICET y a Maxi Thibaut, editor de Cienflores.

PRÓLOGO

Juan Ramón Quintana[1]

El presente ensayo titulado "Libre de humo", escrito con pulcritud de cirujano por Nuria Giniger y Rodolfo Kempf, constituye sin duda alguna una exégesis oportuna, necesaria y a su vez brillante sobre las sinuosas y cada vez más laberínticas teorías o posturas políticas que los expertos han decidido adoptar en sus debates sobre medio ambiente y desarrollo, o que en clave más amplia puede

1 Juan Ramón Quintana fue ministro de la Presidencia durante tres períodos en el gobierno de Evo Morales, en el Estado Plurinacional de Bolivia. Es sociólogo, politólogo, ex militar y dirigente político nuestroamericano.

traducirse como la dialéctica entre cultura y naturaleza.

Diariamente, la sociedad global enfrenta una constelación informativa acerca de los dramáticos impactos medioambientales provocados por los cambios climáticos, eventos que algunas veces nos inducen a pensar, no sin resignación, que estamos en la antesala o en el umbral del fin del mundo o de una catástrofe climática aparentemente irreversible. Con la misma perplejidad, ignoramos si estos cambios pueden ser mitigados o si las estrategias medioambientales sesudamente elaboradas funcionan eficazmente o no. Lo cierto es que la cuestión del medio ambiente forma parte de nuestra crisis existencial como humanidad, y como en toda incertidumbre, las preguntas suelen ser mucho más numerosas y abrumadoras que las respuestas. Empero, parece que el problema de fondo no yace en el existencialismo medioambientalista que nos angustia, sino en la estructura de una economía global que lo sostiene.

Este es un texto que se propone ayudarnos a entender por dónde van los tiros. Con una gran capacidad de síntesis, nuestros autores realizan un recorrido analítico por aquellos

recovecos que atraviesan el complejo debate sobre esta temática medioambiental con resultados no siempre alentadores. Mientras mayor preocupación genera en los gobiernos y en las sociedades la llamada crisis ambiental, las soluciones que se traman son cada vez menos claras, convirtiendo a este problema en un campo de batalla, o cuanto menos en un duelo político y teórico no solo bizantino sino aparentemente poco eficaz.

La premisa que sostiene este ensayo en torno a la relación medioambiente y desarrollo señala que mientras el debate no trate los temas de fondo no lograremos avanzar, y tampoco habrá futuro posible para la humanidad y la madre tierra mientras no se modifique el modo de producción capitalista que descansa en la propiedad privada, la apropiación del trabajo ajeno y la explotación irracional de la naturaleza. El problema de fondo es la incompatibilidad entre capital y naturaleza. La quimera de la sustentabilidad superadora, además de una herramienta política legitimadora de la explotación, seguirá siendo apetecible para el ejército de incautos y desprevenidos. Dicho de manera más breve,

con el capitalismo cabalgando sobre nuestras espaldas solo nos queda el precipicio.

Quisiera destacar en este ensayo la hermenéutica interpretativa sobre aquellas narrativas ambientalistas que durante los últimos 30 años han intentado posicionar esencialismos comunitarios, ropajes filantrópicos y lenguajes sobredotados de espectacularidad académica para enmascarar uno de los problemas acuciantes que vive la humanidad, que no es otra cosa que el dilema de su supervivencia en medio del asedio capitalista globalizado.

Este ensayo comienza desnudando la impostura de esos esencialismos comunitarios hábilmente tramados hoy en conferencias y cumbres internacionales, traducidas por el cine, la televisión o los documentales a través de los cuales se nos pretende vender gato por liebre. El problema no reside en mantener la virginidad o pureza de los usos y costumbres de las comunidades sobre las que se asientan inmensas reservas de recursos naturales estratégicos; el problema es mucho más complejo y supera ese diletantismo estético del arte visual que posa su mirada en la comunidad. Tampoco pasa por el bizantinismo academicista, peor aún, por la dicotomía en-

tre agua o muerte en el caso de la extracción de litio o de los minerales estratégicos. Esto no quiere decir que no se deba proteger a las comunidades de la moderna y avasallante codicia materialista; por el contrario, hay que protegerlas contra viento y marea, pero desde una dimensión distinta al relativismo estético que busca convertir a las comunidades en simples gendarmes del gran capital. Las comunidades deben gozar de todas las políticas públicas que favorezcan sus derechos y de los beneficios de la tecnología o los servicios básicos. Lo que es incompatible es que sus derechos universales sean hipotecados en el altar de su inmutabilidad.

Una primera conclusión que se puede extraer del ensayo es la siguiente. El debate global ambiental, más allá de todas las posturas políticas, enfoques especializados o corrientes teóricas sofisticadas, no coloca en el centro lo fundamental sino aquello que ha sido convertido en fundamental a costa de desplazar e invisibilizar el centro, y este centro es sin duda la cuestión del poder. Nuria y Rodolfo nos advierten que esta operación quirúrgica se realizó una vez enfriado el cadáver del socialismo soviético y sustituida la utopía

socialista por una nueva militancia temática, quebrándose la relación entre lo social y lo político desde la que emerge la cuestión medioambiental y otras lindezas discursivas posmodernas.

Así como en las relaciones internacionales no existe moralismo posible, en la cuestión de la disputa, control y apropiación de recursos naturales no cabe romanticismo filantrópico o compromisos humanistas. Esta conclusión tan dramática podría ser matizada con algunos ejemplos esperanzadores, pero una vez más el conflicto Rusia-Ucrania o la destrucción previa de Yugoslavia, como modelo balcanizador occidental, nos devuelve a una realidad incontrastable: el fin parece nuevamente justificar los medios.

Se nos advierte hidalgamente que el debate medioambiental en las cumbres planetarias adolece de graves problemas: no solo están retrasados respecto al problema que abordan, sino que sus debates tienen las patas cortas frente a una catastrófica realidad que supera todo cálculo conservador respecto a los impactos que está produciendo el actual modelo hegemónico de desarrollo en nuestras sociedades y en nuestras vidas cotidianas.

Además, hay que agregar un pequeño detalle: los países del norte desarrollado comprometidos públicamente con la reducción en la emisión de gases de efecto invernadero, con la transición energética o con los patrones de consumo son los mismos que impulsan el capitalismo de guerra, por lo tanto, a la cuestión de la supremacía del poder político sobre el medio ambiente hay que agregarle una enorme cuota de doble moral.

En este ensayo también se sostiene la idea de que quienes debaten los problemas ambientales sufren un extravío histórico, porque parecen no entender las inercias perversas y acumulativas que genera el modelo de desarrollo capitalista, en tanto no reconocen que este modo de producción no ha sabido conciliar con la naturaleza y resulta su antítesis. Pasan de largo que la colonización, como la modernización capitalista, solo ha producido acumulaciones destructivas de la naturaleza, patrones culturales irreconciliables y una gran cuota de muerte y desolación al amparo de su proyecto civilizador, excluyente y racista.

A pesar de todos los daños inimaginables producidos por la forma en que se organiza la producción capitalista, hay quienes creen que

es posible seguir persistiendo en este horizonte suicida al amparo de un rutilante proyecto de desarrollo sustentable. ¿Pero en rigor, sustentabilidad de qué y para quién? ¿ Puede ser sustentable la naturaleza o la madre tierra a la que se le exige producir tres veces, cuando su capacidad solo le alcanza para producir una? ¿Es sustentable el planeta tierra cuando la capacidad destructiva de los arsenales nucleares disponibles por las potencias atómicas supera en mucho la resistencia de la madre tierra y de la propia humanidad?

Hace más de una década, Michael Klare nos advertía que enfrentábamos dos escenarios de pesadilla, la escasez global de recursos vitales y el comienzo de un cambio climático extremo cuyas consecuencias podían producir una oleada global de agitaciones, rebelión, competitividad y conflicto. Por cierto, este panorama ni siquiera planteaba un escenario de escasez absoluta, sino de una carencia relativa o perentoria de suministros adecuados capaces de quebrar las cadenas logísticas de sociedades urbanizadas adictas a determinados servicios. En efecto, estamos advirtiendo los primeros síntomas de esta crisis que apuntaba Klare, frente a los cuales a los con-

sorcios productivos capitalistas globales solo les queda el camino de la guerra por recursos. Al parecer, la cuestión del ajuste global a la crisis capitalista sobre la naturaleza preocupa menos a las comunidades ambientalistas que la misma guerra.

Paradójicamente, asistimos a un proceso de radicalización capitalista caracterizado por la acumulación despiadada del capital en pocas manos, por los brutales efectos que genera la desigualdad en la producción de riqueza y por la destrucción demencial a escala global de los bienes públicos universales como son los recursos naturales, cuya finitud pareciera tampoco preocupar a los dueños del poder mundial.

Otro hallazgo importante que nos plantea este ensayo es la crítica a la simplificación del problema medioambiental encapsulado en el relato del ecocapitalismo y sus contradicciones profundas, como la fetichización del medio ambiente, la invisibilización de la relación social y la instalación de una pedagogía neocolonial sobre el cuidado de la naturaleza. El ecocapitalismo parece más una trampa o una estrategia impostora que una solución parcial al problema de fondo. Aquí surge otra

pregunta crucial, ¿cuidado del medio ambiente para qué o para quién? Si la contradicción de fondo es entre naturaleza y cultura y los caminos de esta última están empedrados de explotación y saqueo concentrador de riqueza, los cuidados de la naturaleza solo servirían para perpetuar la forma de producción capitalista, ni siquiera para amortiguar los efectos de su propia depredación, cuyos costos los seguirán cargando los pobres o los obreros.

Las críticas al ecocapitalismo que formulan Nuria y Rodolfo son correctas toda vez que el salto a la transición energética no es más que una solución fallida, en la medida en que el paso del uso de los combustibles fósiles al uso de la energía nuclear, junto al uso cada vez más amplio de energías renovables, conduce a un reacomodo de los poderosos consorcios privados cuyo monopolio tecnológico y científico convierte a los Estados y sociedades en sus eternos vasallos. Más de lo mismo. Los Estados están obligados a servir intereses privados y las comunidades a pagar los costos del dominio tecnológico en manos privadas.

Al amparo del ecocapitalismo se mueven otros hilos discursivos o narrativas, que apuntan al mismo escenario que el de la economía verde: desarrollo sostenible o sustentable, ecofeminismo y su métrica consonante, transición energética, tecnología verde, descarbonización y otras lindezas sofisticadas para conjugar con el interminable debate global sobre las estrategias de mitigación, pero no de transformación de las causas reales de la devastación de la naturaleza.

Dije también que este ensayo era oportuno en la medida en que la humanidad asiste consternada al conflicto militar entre Rusia y Ucrania, conflicto de origen geopolítico signado por la amenaza existencial de Rusia frente a la voracidad y arrogancia expansionista del imperialismo anglo-europeo, catapultado por su feroz maquinaria de la OTAN, sostenida a su vez por sus tres patas colosales: el complejo militar industrial de EEUU., Europa y Japón; la arquitectura financiera y tiránica encarnada en el banco europeo, el Fondo Monetario Internacional y los mercados de valores, así como los poderosos y enajenantes medios de comunicación hegemónicos sostenidos en plataformas tecnoló-

gica invasivas que legitiman la atrocidad de la guerra occidental, condenando al mismo tiempo la invasión del "oso ruso". Más oportuno aún el ensayo de marras, cuando el imperialismo anglo-europeo provoca, financia y echa fuego a este conflicto demencial con riesgo de una conflagración nuclear escondiendo bajo la alfombra su inequívoco objetivo destructivo concentrado en la emergente potencia económica y nuclear de China. En la jerga más popular se puede decir que las manos invisibles del mercado de las armas, la energía y las finanzas pretenden matar dos pájaros de un tiro: sacrificar a la adormecida y cada vez más reaccionaria Europa y desvertebrar a un gigante frágil y etéreo coloso ruso, para luego perpetuar el dominio imperial norteamericano subyugando a sus abyectos alfiles. Todo esto en nombre de la cultura y los valores occidentales, nada más ni nada menos cuando Rusia pretendía desplazar la malsana influencia guerrerista de EE.UU. sobre Europa y cuando China perseguía reforzar sus objetivos comerciales extendiendo la ruta de la seda, con la intención de modificar el decrépito modelo del globalismo unipolar al que nos tiene acostumbrado los EE.UU.

También he afirmado que este ensayo, además de oportuno, es brillante en la medida en que reconstruye con rigor de cirujano el estado teórico del debate sobre el que ha girado en las últimas cuatro décadas esta misma dicotomía cultura y naturaleza, o mejor dicho, medio ambiente y modo de producción dominante, que en Bolivia se traduce como extractivismo o pachamamismo, y aunque no siempre son iguales, todos estos linderos nos aproximan y en último caso nos conducen a Roma.

Destaco el rigor metodológico y reflexivo de Nuria y Rodolfo para hacernos entender que este sofisticado debate y su orgía semántica lo que trata de hacer es conducirnos a ver el árbol olvidándonos del bosque, para decir lo menos. ¿En verdad se puede discutir este dilema planetario entre desarrollo y medio ambiente quitando del camino la utopía socialista o la cuestión de la lucha de clases, reduciéndolo al diletantismo ecologista? ¿Es posible enfrentar esta colosal lucha entre modo de producción capitalista dominante sin teoría sobre el sujeto histórico? Estas dos cuestiones centrales, subrayadas con rigor por nuestros autores, constituyen las piedras

angulares que cualquier debate académico, político o ideológico debe tomar en cuenta para evitar que se nos distraiga mientras asaltan la carroza en medio del desierto.

Los autores nos advierten que la salida del laberinto entre naturaleza y cultura no pasa por aceptar dogmas posmodernos edulcorados por teorías poco sustentables. Admiten que la salida al dilema para preservar la madre tierra y la especie humana dista mucho de la opción ecocapitalista poco rigurosa y desprovista de una mirada sobre los derroteros históricos de la humanidad; tampoco por el ecofeminismo que quiere condenarnos al surcofundio mientras los agroindustriales y empresarios despojan al Estado y a los pueblos indígenas de sus tierras y territorios; peor aún, por los trillados senderos del decrecentismo productivo que especializa a unos en reducir su adicción consumista y a otros en preservar la desigualdad y sus dominios seculares de poder. El voluntarismo no cabe en esta lucha descomunal entre capital y trabajo, como no cabe la invocación papal para asumir su propuesta de ecología integral que es una variante católica del ecocapitalismo filantrópico y la ecología política sin destinatario. El reduccionismo teórico,

poco crítico, legitimado por la opacidad con la que nos alimenta diariamente la prensa canalla, queriendo hacernos creer que las cumbres medioambientales y los pactos en favor de las economías y energías verdes salvarán al planeta tierra, no es otra cosa que aceptar los agroquímicos para intoxicar las luchas sociales.

Estas reflexiones singulares y casi proféticas en tiempos tan difíciles nos exigen tomar posición y distancia, como sugiere el Che Guevara, si aún estamos comprometidos con la humanidad. El infantilismo de las izquierdas agazapadas en la maquinaria institucionalizada de las ONGs y su acusada capacidad para mostrarse progresistas en estos tiempos de guerra y disputa cultural solo allanan el camino para que nuestras esperanzas sigan sembradas sobre las espaldas de los oprimidos de siempre.

Si algo puede ayudar a resumir la perspectiva filosófica de este ensayo es que nos acerca y familiariza con la definición de Evo respecto al cuidado de la madre tierra, al señalar lo siguiente: "no es que la tierra nos pertenece a los seres humanos, sino que nosotros pertenecemos a la madre tierra y por lo tanto, más

valioso que los propios derechos humanos, construidos desde el occidente son los derechos de la madre tierra, forjados a la luz de la vivencia ancestral de los pueblos indígenas que ponen el acento en la relación armónica entre ser humano y naturaleza". Esta intrépida propuesta nos obliga a cambiar el enfoque sobre la responsabilidad de los seres humanos para cambiar el sistema capitalista, antes de que este sistema termine con la madre tierra y la humanidad.

LIBRE DE HUMO

Ensayo crítico sobre desarrollo, ambiente y emancipación

Nuria Giniger - Rodolfo Kempf

En el nombre de la naturaleza

El 9 de agosto de 2021 se estrenó en la Argentina el documental "En el nombre del litio", producido por Calma Cine y la ONG Fundación Ambiente y Recursos Naturales (FARN). Este documental se propone generar empatía con una comunidad aborigen de las salinas jujeñas, en donde existen proyectos de producción de litio. El film presenta unas imágenes maravillosas del entorno natural, acompañadas por música andina, mientras propone una mirada *esencialista* de la comunidad: originarios en "estado de naturaleza", con inmutabilidad milenaria. Se presenta un

supuesto autogobierno comunal, en el marco de una propuesta estetizada y hasta elogiosa de la pobreza, en la cual lxs niñxs juegan sin zapatos en pisos de barro, una anciana se calienta con leña, entre otras imágenes.

Notoriamente, el documental no hace ninguna referencia al Estado e invisibiliza las contradicciones de clase. A pesar de que se presentan las apetencias de las empresas transnacionales y de algunos políticos por el litio, y se establece una cierta estigmatización de lxs obrerxs minerxs (como si fueran "traidores"), la contradicción se ubica en la naturaleza: *agua o muerte*. Esta construcción de la *contradicción principal* se fortalece con entrevistas a un conjunto de científicxs que explican la enorme cantidad de litros de agua que hacen falta para la extracción de litio. El sentido común indica que en un desierto natural, un uso intensivo de agua aumenta la desertificación. En la película se apela a esta obviedad para indicar que esto llevaría a las comunidades a "desaparecer".

Las salinas de las que habla la película se ubican en lo que se conoce como "triángulo del litio", que es un territorio compartido entre Argentina, Chile y Bolivia. Sin embargo,

tampoco hay ninguna referencia en el film al proceso de constitución de Yacimientos de Litio Bolivianos (YLB), al golpe de Estado contra el gobierno de Evo Morales, a la diatriba del multimillonario Elon Musk amenazando con más golpes por el litio, ni tampoco se menciona la recuperación de la democracia de la mano de Lucho Arce y el MAS, nuevamente en Bolivia.

Asimismo, el documental cuyo *set* es la provincia de Jujuy, señala al gobernador Gerardo Morales como responsable político de la desertificación, pero nada dice de la prisión política de Milagro Sala, mujer, originaria y dirigenta política y sindical.

Pero entonces, ¿quién hizo esta película? FARN es una ONG financiada por Charles Stewart Mott Foundation (General Motors), National Endowment For Democracy (NED), Oceans 5 (Bloomberg y otras empresas), Fundación Heinrich Böll (Partido Verde del Parlamento Europeo), Fundación Vida Silvestre Argentina, entre otras. Decir algo más al respecto es redundante.

En síntesis, la película se presenta dentro de lo que podemos denominar el "sentido común progresista": la (mega) minería es

extractivismo, éste contamina la naturaleza y hay que evitarlo, porque si no "las comunidades" y "la naturaleza" (que son sinónimos), no podrán vivir y sostenerse inmutables (que son sinónimos). Más adelante volveremos con la sinonimia entre vida e inmutabilidad.

Podemos afirmar que no es casual esta película, ni las tantas otras que hoy encontramos en distintas plataformas. La relación entre naturaleza y cultura es uno de los debates sociales actuales más significativos. El capitalismo, en tanto modo de producción que se basa en la propiedad privada y la apropiación del trabajo humano ajeno, se sustancia precisamente en el seno de esta relación de explotación y dominación. La colonización de América latina y el Caribe, Asia y África como piedra fundamental de la "llamada acumulación originaria" se articuló en derredor de la extracción de la naturaleza: mineral, vegetal y animal, incluyendo por supuesto a los humanos (nunca perder de vista el tráfico de esclavxs). Las modificaciones ambientales (y climáticas) no se hicieron esperar, pues más de cinco siglos de saqueo implicaron e implican profundas desigualdades e injusticias.

A mediados del siglo XIX, con la configuración de los Estados nacionales en Nuestra América, el bloque de las clases dominantes configuró a fuerza de masacres una serie de sentidos y concepciones que permitieron (y aún permiten) justificar la *destrucción creadora en clave desigual* que produce el capitalismo. Solo recordemos la antinomia "civilización o barbarie" para dejar atrás a la naturaleza y a lxs "naturales", en pos del progreso y la modernidad.

Más acá en el tiempo, las clases dominantes también proponen nociones hacia *adelante*, que prometen un futuro mejor. Una de las nociones en esta clave es la de "sustentabilidad". Estos enfoques que se proponen a sí mismos como *superadores* no pretenden "superar" el capitalismo, sino por el contrario, avanzar en su profundización y extensión territorial. Se trata de una idea que procura "satisfacer" las necesidades del presente, sin comprometer la existencia del futuro. Pero lo que se *sustenta* (o se *sostiene*) son los negocios y la forma capitalista de organización de la sociedad.

La hegemonía de las clases dominantes implica que los intereses particulares de esas

clases se constituyan en el interés general, en el interés de todxs. En este sentido, muchas veces estos enfoques se convierten en las propias perspectivas con que los pueblos intentamos vivir e incluso, sobrevivir. Como en el caso de la película, se configura un "sentido común" que muchas veces presenta contradicciones sin sujetos ni clases que las encarnen y puntos de anclaje abstractos.

En la Cumbre de Naciones Unidas sobre Medio Ambiente y Desarrollo, en Río de Janeiro, en 1992, Fidel Castro planteó que "el intercambio desigual, el proteccionismo y la deuda externa agreden la ecología y propician la destrucción del medio ambiente". Esta alocución se hizo justo después de la caída de la Unión Soviética y del derrumbe de esa experiencia. Sin embargo, en ese discurso Fidel Castro propuso, por un lado, que el capitalismo, la sociedad de clases y el imperialismo son los responsables de la contaminación, frente a la idea mayoritaria de que *la humanidad* es la destructora del planeta. Por otro lado, expresó la vitalidad de la corriente marxista para reflexionar y llevar adelante una estrategia emancipadora frente a estos problemas emergentes.

El sociólogo Razmig Keucheyan, a su vez, propone que la derrota del Mayo francés produjo un proceso de *hibridación teórica*, en el que se incorporan nuevos objetos de reflexión. La cuestión ecológica es uno de ellos. Desde nuestro punto de vista, la victoria del Plan Cóndor en los años setenta y ochenta modificó las relaciones de fuerza y dio comienzo a una etapa histórica en la cual los proyectos revolucionarios y las perspectivas emancipatorias quedaron momentáneamente a un lado. Con la consolidación del neoliberalismo la idea del "fin de la historia" se fortalece, y el "fin de los grandes relatos" vence teóricamente. En este marco, aparece una *militancia temática* que cobra un auge particular, y congrega a la organización y lucha sobre problemáticas específicas. Las reivindicaciones ya no forman parte de un proyecto general, sino que se constituyen en *la* lucha, asociadas con nuevas corrientes filosóficas y con teorías posmodernas que fomentan la valoración de la diversidad *en sí misma*. De esta forma, se consolidan *movimientos temáticos* que no encuentran en los partidos políticos o en los sindicatos un cauce para su realización plena y total y –por momentos- se produce

una fuerte división entre lo social y lo político.

De este modo, emergen con mucho ímpetu y una enorme potencia transformadora luchas por reivindicaciones específicas, que van consolidando agrupamientos sociales: anti-extractivismo, feminismo, movimientos sociales, etc. Particularmente, la ecología y la disputa por el ambiente constituyen movimientos que se fortalecen. Solo para mencionar algunos casos emblemáticos podemos recordar las luchas del *Movimento dos Atingidos por Barragens*, organizado por lxs afectadxs por las represas, que pugna por un modelo energético diferente (Brasil); el *Movimiento el Famatina no se toca*, contra la explotación minera y la contaminación del agua (Argentina); y la lucha de Berta Cáceres, dirigenta indígena asesinada en 2018, luchadora del pueblo lenca contra la usurpación de su territorio para hacer mega proyectos energéticos (Honduras). Así, en lo que va del siglo han proliferado los movimientos ambientalistas de distinto tipo, con diferentes profundidades, críticas e impugnaciones a las políticas ambientales, productivas y de desarrollo.

Pero al mismo tiempo, las fundaciones y ONGs, como la que realizó y las que financiaron la película de la que hablamos al comienzo de este artículo, también proliferaron. Cada gran empresa tiene su fundación con la cual trata el "cuidado del ambiente"; hay miles de ONGs ambientalistas, que estas mismas corporaciones dueñas de todo financian y hay agencias internacionales dedicadas específicamente a consolidar una corriente no transformadora sobre la cuestión ambiental.

En los últimos meses los debates respecto del ambiente, el desarrollo y la soberanía tomaron una parte de la agenda pública. Si unx se detiene a leer y escuchar los análisis en Argentina de la disputa por la exploración hidrocarburífera *offshore* en la costa atlántica, por la minería en Chubut, por los incendios forestales, por las explotaciones de litio en la Puna y tantos otros ejemplos en los que "la naturaleza" pasa a ser la protagonista, la única idea que sobrevive es que "las personas estamos destruyendo el planeta". Frente a esta simplificación, nos parece oportuno acercar una caracterización y un análisis de las distintas corrientes y miradas que participan del debate, como forma de darle un ordenamien-

to y aportar a la construcción de una perspectiva emancipadora, que tenga en cuenta que en la actualidad la naturaleza es un campo de disputa.

Este ensayo fue previamente publicado en entregas en la revista *Hamartia* -gracias a su generosidad- en su versión digital, en los meses de febrero y marzo de 2022. Lo hicimos en siete entregas como un pequeño homenaje al Amauta, José Carlos Mariátegui, mezclando el siete y el ensayo. La realidad es que en nuestro humilde homenaje no intentamos más que inspirarnos en el espíritu crítico del Amauta, pero sobre todo en su perspectiva revolucionaria. Hay muchas versiones de Mariátegui, e incluso las hay ecológicas. Pero muchas de ellas lo despojan de su -para nosotros- corazón: un camino revolucionario y emancipado para Nuestra América. Mariátegui pone énfasis en explicar que la propiedad latifundista y monopólica es la fuente de la pobreza y el subdesarrollo en el Perú y pone la pasión por la propiedad colectiva enraizada en la historia que se convertirá en futuro. Con esta inspiración y ante la necesidad de seguir ahondando en estos debates, presentamos el ensayo completo en este nuevo formato, que

contiene cinco apartados y una reflexión final. Por cuestiones de dinámica en la lectura, no indicamos las citas bibliográficas, sino que agregamos al final las citas de algunos textos como sugerencias. En todos los casos, pusimos un enlace para simplificar el acceso.

Escribimos este ensayo en lenguaje inclusivo. Sabemos que todavía a veces es arduo para leer (y para escribir), pero es un modo de no invisibilizar ni dar por sentado, pues cuando se habla de energía, de política, de ciencia aún hoy se piensa mayormente en masculino.

Ecocapitalismo

Desde la Cumbre de Naciones Unidas (ONU) sobre Medio Ambiente y Desarrollo, en Río de Janeiro en 1992 comenzaron a realizarse encuentros, denominados COP, de la Convención Marco de las Naciones Unidas sobre el Cambio Climático, en los cuales los Estados miembro toman decisiones respecto del cambio climático, aunque de estas conferencias también participan organizaciones de la sociedad civil, tales como ONG y sindicatos.

Desde finales de los años 1990, las reuniones internacionales -tales como el G20 y la OMC- tienen en simultáneo contra-cumbres

y movilizaciones populares, algunas de ellas memorables, como Seattle o Génova. Las COPs también conviven con protestas y debates que se realzan en paralelo y son una fuente inagotable de iniciativas y articulaciones populares.

La última COP26 fue en Glasgow, en noviembre de 2022. En ella se ratificaron los hallazgos científicos de contaminación como parámetro ambiental. Esto parece una obviedad, pero no lo es ante la proliferación de negacionismos con Trump y lxs terraplanistas. Al mismo tiempo, en la COP se sostuvo nuevamente que la humanidad es el sujeto de la transformación climática. Finalmente, el "gran acuerdo de la COP" se inscribe en lo que denominamos *ecocapitalismo* o *capitalismo verde*. Repasemos los acuerdos concretos que se firmaron, suscriptos también por nuestro país:

Uno de ellos es la *Declaración sobre Bosques y Usos de la Tierra*, que plantea "fortalecer los esfuerzos de los países para proteger los bosques y las áreas terrestres y facilitar el comercio que contribuyan al consumo y la producción sostenibles que no aumenten la deforestación y la degradación de la tierra"

(Glasgow Leaders' Declaration on Forests and Land Use - COP26). El comercio que contribuya al consumo... ¿Existe comercio que no contribuya al consumo? ¿Producción sostenible significa que no se llegue a una deforestación tal que nos quedemos sin árboles, ni madera para producir? Como mínimo, ambiguo.

Otra iniciativa, ligada a la producción agropecuaria y que impacta directamente sobre nuestro país, fue el *Compromiso Global de Metano*. Se trata de un plan para reducir las emisiones de gas metano en un 30% para 2030, para lo cual se estimula la producción de "carnes" vegetales y sintéticas, en reemplazo de la carne animal y se diversifica el negocio agrícola de cereales y legumbres.

La denominada *transición energética*, que abordaremos en el próximo apartado, es la estrella de la COP. En este sentido, la novedad más importante de esta COP fue la declaración respecto a la energía nuclear. En Glasgow se sostuvo que es la que menos dióxido de carbono (CO_2) emite en todo su ciclo de generación. Esto es tan cierto como ocultado hace decenas de años, pero es verdaderamente una novedad en las cumbres climáticas.

La combinación complementaria de energía nuclear y energías renovables parecería ser la convergencia buscada por el *ecocapitalismo* para iniciar un proceso de mitigación de gases de efecto invernadero.

Asimismo, deslumbró en la COP26 el *hidrógeno verde*. La energía eólica, razón por la cual se eligió Glasgow como sede -tanto por los buenos campos de vientos en Escocia, como por el canal de la Mancha-, es la base de la producción del hidrógeno verde. Esto explica la propuesta del grupo Fortescue al gobierno argentino para instalar un emprendimiento en el sur, similar al que existe en la región chilena de Magallanes. Los fenomenales campos de viento de la Patagonia generan condiciones naturales para utilizar los molinos en la electrólisis del agua, separando hidrógeno para luego generar potencia eléctrica con las celdas de combustible de óxido sólido de mayor eficiencia, y generando como subproducto agua. Se le dice *verde* porque no incluye la quema de combustibles fósiles en el proceso.

También se inscriben en este paquete de energías renovables el litio de los seis salares del NOA, que junto al salar de Uyuni en

Bolivia y de Atacama en Chile, concentran la mayor reserva de litio en salmueras del globo terrestre.

Como se puede ver, hace ya largos años que dentro del sistema internacional de Naciones Unidas se consolida la cuestión ambiental en el andarivel de los negocios y la política. Las nociones que se promueven en estas cumbres son fundamentalmente las de "economía verde" y "desarrollo sostenible o sustentable", que constituyen las premisas sobre las cuales se organiza todo el andamiaje conceptual acerca del cambio climático al que denominamos *ecocapitalismo*.

Desde la Cumbre de Río del 1992, el sistema internacional vigente instó a los Estados por igual, independientemente de su fuerza (tamaño, industrialización, emisiones de CO_2, producción de desperdicios, etc.), a prevenir y limitar la contaminación ambiental. Esto implicó la creación de un verdadera industria *anti-contaminación*, desde la cual se fetichiza -es decir, se convierte en un objeto de intercambio- la relación entre el ambiente y el capitalismo, en al menos tres aristas.

El primer aspecto es la creciente mercantilización del ambiente. Esto implica (1) que

se intercambia contaminación -y salud- por salario o eventuales beneficios para lxs trabajadores; (2) un conjunto de estrategias empresariales para extender las fronteras territoriales/ambientales de negocios en un sentido "verde"; y (3) la proliferación de los seguros contra catástrofes ambientales o por contaminaciones futuras. Un ejemplo de mercantilización del ambiente y de la contaminación es el Alaska Permanent Fund. Este es un fondo de inversión creado con los impuestos de la renta petrolera del estado de Alaska. Este fondo como tal realiza distintas inversiones, pero además tiene un Permanent Fund Dividend (fondo permanente de dividendos) que distribuye todos los años en partes iguales una porción de los beneficios para todos lxs residentes permanentes del Estado que apliquen. Según los beneficios anuales de la renta petrolera alaskeña, hay años que lxs habitantes cobran más que otros. Este fondo de inversión fue creado bajo la concepción de que, como el petróleo es un recurso finito, las futuras generaciones no van a contar con él. Sin embargo, sí pueden contar con las inversiones que se hagan a partir de su comercialización y financierización. Es por ello

que el Estado financieriza una porción de los impuestos petroleros y otra parte la distribuye año a año entre lxs residentes.

En esta misma dirección, existe hace más de 10 años, el Dow Jones Sustainability World Index, con el cual se hace un ranking de *empresas verdes,* que de este modo se valorizan financieramente.

La segunda arista es la invisibilización de la relación social en el seno de la cual se producen las transformaciones ambientales: *la humanidad* es la causante de los problemas climáticos. En el año 2000 el premio Nobel de química Paul Crutzen y el biólogo estadounidense Eugene Stoermer propusieron un nuevo tiempo geológico, el *antropoceno*: "... durante los dos últimos siglos, los efectos globales de las actividades humanas se han vuelto claramente perceptibles. Este es el período en el cual los datos recuperados de los núcleos de hielo de los glaciares muestran el comienzo de un crecimiento en las concentraciones atmosféricas de varios 'gases de efecto invernadero', en particular CO_2 y CH_4" [traducción nuestra]. Según Crutzen y Stoermer, las actividades humanas contaminan, sin mediar otra contradicción entre

la naturaleza y la humanidad. Este enfoque, además de invisibilizar las relaciones de poder -clase, etnia, nación, color y género-, es antropocéntrico y despoja a la humanidad de su propia naturaleza.

En este mismo sentido, se le incorpora -de manera relativamente reciente- la encíclica papal *Laudato si'*, del papa Francisco (2015) sobre la "casa común". Es muy significativa la encíclica, pues propone tanto una orientación de la Iglesia católica a sus fieles como la intervención política de la institución milenaria en un problema que está en la agenda pública. Por un lado, la encíclica papal le da continuidad al enfoque de *Pacem in Terris* (1971), en donde se planteaba que "la civilización industrial" estaba destruyendo el planeta. Por otro lado, se propone una ecología que integre una relación de la humanidad con la naturaleza renunciando "a convertir la realidad en mero objeto de uso y de dominio". Se trata de "unir a toda la familia humana en la búsqueda de un desarrollo sostenible e integral". Con esta encíclica se ubica a la *humanidad como fuente contaminante*, sin distinción de quiénes ni cómo. En esta encíclica, Francisco da continuidad a los postula-

dos de San Francisco de Asís, para configurar una ecología de protección a los más débiles, que denomina ecología integral. Esta es una proclama crítica al neoliberalismo (a la "tecnocracia", a la "rentabilidad financiera") en la cual exhorta a que los países desarrollados apoyen a los "países más necesitados" con recursos de *desarrollo sostenible*. Esta ecología integral propone que hay una misma respuesta a la crisis social y a la ambiental. En la encíclica, el Papa incorpora y fusiona elementos provenientes tanto de la ecología política, como del ecocapitalismo. Pero además se refuerza el mandato moral, que es la próxima dimensión.

La tercera dimensión es la obligación *moral* de cuidar el ambiente, con la prevención, la educación y las llamadas "tecnologías verdes". Con esto, las propuestas dominantes de *cuidado del ambiente* adquieren, fundamentalmente a través de Naciones Unidas, un polo de atracción fenomenal, que produce una verdadera industria de la educación, la auditoría, el *counseling* y la certificación de procesos bajo el prisma de la sustentabilidad. Existe una multiplicación de tecnocracias puestas en marcha en pos de formar a *ciuda-*

danxs respetuosxs del ambiente, así como una pedagogía del cuidado ambiental, que se incluye inclusive en los currículums educativos estatales, bajo el paradigma de la sustentabilidad. No es nueva la capacidad del sistema educativo para diseminar conceptualizaciones en beneficio de las clases dominantes; no se iba a desperdiciar esta oportunidad. Aunque tampoco es nueva la capacidad crítica de docentes y estudiantes, por supuesto.

Otro ejemplo de tecnocracias verdes es la norma ISO 14001, que se propone incorporar *Sistemas de Gestión Ambiental* en las empresas, en pos de demostrar que están comprometidas con el cuidado del ambiente. Sin ir más lejos, toda la política de Responsabilidad Social Empresaria se orienta en esta misma dirección, no solo con el instrumento de las normas ISO, sino también con herramientas de gestión propias del Pacto Global de Naciones Unidas. Las empresas más grandes del mundo están adheridas a este Pacto y desde allí despliegan su prédica *verde*.

La tesis sostenida acerca de que la crisis ecológica -denunciada y consensuada internacionalmente desde hace décadas- es producida por e impacta por igual a toda la

humanidad, aparece en la inmensa cantidad de propaganda y teorías del *desarrollo sustentable*, la *transición energética y la economía verde*. Aquellos problemas, conflictos y contradicciones que emergen del modo capitalista de organización de la sociedad en clases desiguales se conviertenen responsabilidad de todxs.

Como dijimos antes, uno de los andariveles por donde circulan estas conceptualizaciones *ecocapitalistas* es el de la transición energética. Veamos de qué se trata.

Reloca titila luz[2]

Desde principios del siglo XX hasta el fin de la segunda guerra mundial, el petróleo fue la fuente de energía que reemplazó al carbón, con un salto en la capacidad de producción energética y por lo tanto, en las condiciones de disponibilidad y escala productiva general. Una enorme masa de trabajadores se incorporaron a un mercado de trabajo en un capitalismo que extendía sus fronteras, con procesos productivos que crecían en escala y tamaño. Hasta que llegó otro salto.

2 "Reloca titila luz" es un verso de la canción *Piano Bar*, de Charly García.

El 2 de mayo de 1945 humeaba el búnker hitleriano y sobre las ruinas del Reichstag flameaba la bandera roja con la hoz y el martillo. La humanidad celebraba el inicio de una nueva era con la victoria y la subsiguiente *desnazificación*. Pero Estados Unidos decide atacar nuclearmente a Japón -no una, sino dos veces- haciendo gala de sus bombas atómicas y de su vocación destructora del planeta para consolidar su dominio.

Con posterioridad a Hiroshima y Nagasaki, la energía nuclear fue sinónimo de bomba atómica. Así resulta que la saga de investigadores humanistas, como Marie Skłodowska-Curie y Enrico Fermi, que orientaron sus descubrimientos atómicos para el despliegue de la vida, se convierte de la mano del imperialismo en su contrario. Se demonizó una fuente energética de mayor densidad, como si fuera un problema tecnológico y no político. Acá vamos a señalar solo dos instrumentos de los múltiples utilizados para esto, ambos archiconocidos.

El primero es la *supervisión* y la restricción de desarrollo nuclear en los países dependientes. El presidente Eisenhower crea la Organización Internacional de Energía

Atómica (IAEA) en el año 1957, a instancias del consejo de seguridad de la ONU. La IAEA tiene entre sus misiones cuidar que se cumpla el Tratado de No Proliferación de Armas Nucleares, pues fue fundada para el desarrollo de la energía nuclear con fines pacíficos. Adivina adivinador, ¿quiénes están exceptuados de esto? Así es: Estados Unidos, Rusia, Francia y a partir de 1992, China, que son los países que pueden proliferar armas nucleares sin que se los objete. Bueno es recordar, en este sentido, la obsesión de Bush por las armas de destrucción masiva en Irak, para justificar la invasión de 2003.

El segundo argumento son los accidentes en reactores nucleares. Veamos los dos que más repercusión han tenido: Chernobyl, en 1986 y Fukushima, en 2011.

En el proceso de descomposición de la Unión Soviética explotó un reactor tipo RBMK, en Chernobyl, durante una prueba a baja potencia, es decir en el momento en el cual el reactor es inestable. Este reactor de 1000 MW es moderado con grafito y enfriado con agua liviana. El núcleo del RBMK se torna inestable por debajo de 700 MW y a baja potencia este reactor es difícil de controlar.

Esta es una característica típica de los RBMK y está ausente en los diseños del resto de los reactores que no tienen contención estructural (incluso en otros reactores de origen ruso). De tener esta contención estructural se hubiera reducido y retardado el escape de material radiactivo. Pero en este reactor, el moderador neutrónico consiste en 600 toneladas de grafito. El grafito a alta temperatura cuando entra en contacto con el aire, estalla. Antes de que cunda el pánico es bueno saber que los reactores en Argentina y en el resto del mundo no tienen grafito ni otro material inflamable. Asimismo, en estos reactores, las barras de control se insertan lentamente. La inserción completa tarda 20 segundos, mientras que en otros reactores en el mundo solo toma menos de 2 segundos. ¿Qué significa esto? Que el RBMK era un doble acoplado sin frenos por un camino de montaña: una dirección que no trabajaba, que aceleraba el vehículo por unos segundos y tardaba otros 20 segundos en aplicar los frenos.

Este reactor RBMK tenía una doble función: generar energía y producir plutonio para el armamento nuclear. Con el objetivo de maximizar la producción de plutonio, el

accidente de Chernobyl se produjo porque se forzó la operación de la central nuclear por fuera de los protocolos de seguridad. La competencia armamentística propia de la guerra fría finalmente terminó con el accidente de Chernobyl y con la derrota soviética.

Por otro lado, en Fukushima había seis reactores operados por la empresa privada TEPCO y construidos entre 1970 y 1979 por las empresas General Electric, Hitachi y Toshiba. La magnitud del tsunami que azotó a Japón en 2011 estaba por encima de los valores del diseño de los reactores. La probabilidad de ocurrencia de semejantes eventos extremos fue *subestimada* en el diseño, pero también en la operación de los reactores. Durante el terremoto de 9.0 Richter, las barras de seguridad fueron automáticamente insertadas en los tres reactores que estaban funcionando, parando la reacción en cadena. Pero las olas de 10 metros del tsunami inundaron los motores diésel encargados de extraer el calor necesario para enfriar definitivamente los reactores. ¡En el país donde se inventó la palabra "tsunami", los motores diésel imprescindibles para el enfriamiento, estaban a la altura del mar! El enfriamiento de los reac-

tores pasó a depender exclusivamente de la vaporización del agua depositada. Este vapor producido fue condensado en el recipiente de condensación, cuya temperatura y presión comenzaron a aumentar lentamente. Algunas horas después, decidieron ventear algo de vapor fuera de este recipiente para reducir la presión. Pero el vapor contenía algo de hidrógeno, producido por la oxidación de las vainas de combustibles recalentadas. Y este hidrógeno explotó cuando entró en contacto con el aire.

Japón que era, hasta ese momento, el principal proveedor del mundo de aceros y forjados específicos para los recipientes de presión de las centrales nucleares, impuso un modelo de desarrollo para el cual montó 54 centrales nucleares sobre una falla tectónica, subestimándola. Pero además, compró "llave en mano" un diseño que no tenía en consideración las necesidades ni los requerimientos específicos del lugar y de lxs trabajadores.

A caballo de estos accidentes de Chernobyl y Fukushima se subieron quienes impugnan el desarrollo de una fuente que no emite dióxido de carbono, pero que requiere planificación, alta calificación de lxs trabajadores

y un desarrollo científico-tecnológico autónomo y adecuado para los requerimientos y necesidades de cada lugar.

Hay que decir -de todos modos- que los incidentes nucleares llevados adelante por las bombas atómicas lanzadas por Estados Unidos y la decena de ensayos de armas nucleares que hicieron los países exceptuados, en muchos de los casos, superaron niveles de radiación en 20 veces sobre lo detectado hasta el momento en Japón.

Es decir, detrás del cuco de la energía nuclear hay una intencionalidad explícita por mantener dependientes y a merced de los negocios energéticos más inmediatamente rentables (como el petróleo, por ejemplo) a los países del tercer mundo.

¿Y dónde está el *ecocapitalismo* en todo esto? En la última COP26 que mencionamos, se declaró que la energía nuclear es… ¡verde!

En esta última cumbre, las principales potencias y economías del planeta anunciaron metas más ambiciosas de reducción de emisiones de CO_2. La Unión Europea declaró entonces a la energía nuclear como una "inversión sustentable". Eso explica la parti-

cipación del argentino Rafael Grossi, director general de la IAEA.

La ONU, en su anteúltimo informe, indica que la energía nuclear es la que menos dióxido de carbono emite en todo su ciclo de vida. En este sentido, se puede comprender que Finlandia haya puesto su quinta central en marcha, luego de 40 años. Más ambicioso aún es el plan de Francia, que propone construir 14 nuevos reactores, para alcanzar el status de "neutros en carbono" en 2050, indicador acordado en la última COP.

Durante la pandemia de COVID-19 se paralizaron temporalmente las cadenas de suministro mundiales y quedó en evidencia la dependencia de Francia de industrias extranjeras. Por ello, adoptó un plan de recuperación basado en la *transición energética*. En la década de 1970, Francia (al igual que Estados Unidos) desarrolló la energía nuclear para abastecer su seguridad energética, frente a las posiciones de empoderamiento de la OPEP, llegando a dominar el 80% de su matriz energética y convertirse en uno de los países con menores emisiones de CO_2 en el continente europeo. Con la recuperación económica pos-COVID, la inclusión de la energía nu-

clear como inversión "verde", en palabras del presidente Macron, implica que "no hay producción industrial estable si no hay energía estable, a precios más competitivos".

Pero más audaz todavía es la apuesta china por la energía nuclear. Se estima que invertirá cerca de 400 mil millones de euros en construir al menos 150 nuevos reactores, durante los próximos quince años ¡Más de los que el resto del mundo ha construido en los últimos 35! Para tomar dimensión, en todo el mundo existen 450 centrales nucleares, de las cuales 50 ya se encuentran en China, a pesar de que comienza su generación nucleoeléctrica en 1980. Mucho después que en Argentina, que tiene más de 70 años de desarrollo científico tecnológico en el área nuclear con la creación de la CNEA, y 48 entregando energía por la vía nuclear, cuando comienza a funcionar la Central Nuclear Atucha I.

China hace este tremendo despliegue de tecnología nuclear con el objetivo de garantizar su seguridad energética, de forma coherente con el esquema de "negocios verdes"; se ampara en las tendencias ambientales del *capitalismo verde*, en la ONU y la "gobernanza mundial", frente a escenarios de disputa comercial. Por ejemplo, Gran Bretaña decidió

el cese comercial de radioisótopos de Australia. China se ampara en el *capitalismo verde* que se condensa en las cumbres ambientales: se propone disminuir la "huella de carbono" china, para liberar a sus exportaciones de posibles barreras aduaneras, combatir la polución aérea de las ciudades y garantizar nueva generación de energía "limpia" para fundar nuevas ciudades en sus zonas despobladas.

En los acuerdos entre la Corporación Nuclear China y la Comisión Nacional de Energía Atómica (CNEA) de Argentina, los primeros financian la central HPR-1000 Hualong con transferencia de tecnología, de forma tal que los combustibles nucleares puedan fabricarse en Argentina. En la misma operación, Argentina, a través de CNEA e INVAP, venden a China dos reactores para la producción de radioisótopos para el diagnóstico y tratamiento en el área de la salud, dando cuenta del liderazgo mundial argentino, coherente con la política de autoabastecimiento soberano.

Las oposiciones al desarrollo nuclear soberano provienen de las derechas más recalcitrantes. En nuestro país, Patricia Bullrich declaró que la "energía nuclear es obsoleta",

lo que se sumó a los chillidos del senador republicano estadounidense Marco Rubio, que gritó a los cuatro vientos que Argentina estaría rompiendo la doctrina Monroe. Bullrich, acompañada por Estados Unidos, ratifica las acciones que llevó adelante el gobierno macrista al intentar desmantelar el conglomerado industrial del área nuclear y evitar el desarrollo soberano, tanto respecto de los acuerdos con otros países como de participación en el mercado internacional con nuestros productos nucleares.

Pero significativamente también chillan lxs adalides de las energías verdes, ONG greenpeaceanas, que quieren a toda costa transitar hacia energías renovables. Vale la pena recordar que el origen de la *transición energética* es la alemana *energiewende*: en el proceso de desmoronamiento de la República Democrática Alemana, surgen corrientes *verdes* que proclaman descarbonizar prescindiendo de la energía nuclear. Años después de la caída del Muro de Berlín, el *lobby* ecologista hace que se inicie un proceso de transición hacia energías renovables, particularmente eólica y solar, pero apagando también los reactores nucleares. Nunca se

logró la meta de descarbonizar en la proporción esperada, pero el final de esta historia es realmente poco verde, porque ante la incapacidad de dar respuesta energética a un crecimiento económico sostenido, en 2020 se instaló la central a carbón más grande y más nueva del globo terrestre, usando lignito que se extrae a 50 km de Bonn. Alemania importa carbón de Polonia y gas de Rusia. Un fracaso y una ternurita que nos recuerda que la *transición energética* siempre estuvo con el *ecocapitalismo*.

La apropiación imperialista de nuevas tecnologías profundiza la desigualdad entre un puñado de poderosos magnates y la gran masa del pueblo. Por eso, para un país dependiente como Argentina, la tecnología nuclear es mucho más que una forma de provisión de energía: es un instrumento para la industrialización, para el trabajo calificado, para la soberanía energética y para la autonomía tecnológica.

Pero además, la guerra. La dependencia europea -y particularmente de Alemania, por la situación recientemente descrita- del gas ruso produce una crisis energética de magnitudes, frente a las restricciones y sanciones

que los países de la OTAN le han puesto a Rusia y la decisión del gobierno ruso de vender gas en su propia moneda. El *capitalismo verde* pretende ser el anticuerpo ante una crisis política y económica mundial, pero no le da la nafta. Chascarrillo aparte, la energía es demasiado importante para que quede en manos del mercado.

Todos los caminos conducen a Roma

En 1972, el flamante Club de Roma encargó a jóvenes científicos del Massachusetts Institute of Technology (MIT) un trabajo de investigación sobre las perspectivas de crecimiento de la población humana y la economía global. En base a un modelo informático, estxs científicxs crearon proyecciones de la evolución poblacional mundial y concluyeron que los recursos existentes eran limitados. Esto derivó en la pregunta acerca de si "es posible un crecimiento infinito en un mundo de recursos finitos" y frente a esto, el informe del Club de Roma planteó un esquema de *crecimiento cero* para los países desarrollados y un horizonte de catástrofe para el tercer mundo: sobran humanos.

Frente a la posición neomalthusiana del Club de Roma, particularmente para con los

países subordinados, la Conferencia sobre el Medio Humano de la ONU, en ese mismo año, se llenó de debates. Por supuesto, apareció el *desarrollo sustentable*, que antes explicamos, pero también perspectivas críticas. Veamos algunas.

Una de ellas es la denominada *ecodesarrollo,* propuesta por Ignacy Sachs del International Research Center on the Environment and Development. El *ecodesarrollo* puso el énfasis en el antagonismo entre el primer y el tercer mundo para debatir la idea de que desarrollo es equivalente a crecimiento económico. Este último es probablemente uno de los debates más vigentes: partiendo de la premisa que desarrollo y crecimiento no son lo mismo, Sachs se preguntaba cómo articular un desarrollo social en armonía con el ambiente, que rompa la idea de crecimiento económico unilineal y unívoco. Su respuesta fueron los "estilos de desarrollo" en relación con cada eco-región.

En América latina, esta perspectiva fue festejada por sectores vinculados con CEPAL, pues en una región convulsionada por intentos revolucionarios, luchas emancipatorias, confrontaciones guerrilleras y caminos insu-

rreccionales, encontrar una propuesta que no implicara *tirar todo por los aires* fue un alivio para lxs desarrollistas latinoamericanxs, para quienes, además, incorporar la cuestión ambiental sin levantar la consigna de que *la tierra sea para quien la trabaja* era una necesidad.

En 1977, se publicó "¿Catástrofe o nueva sociedad? Modelo mundial latinoamericano", elaborado por un conjunto de investigadores, entre ellos Amílcar Herrera y Enrique Oteiza, en el cual se discutía el *catastrofismo neomalthusiano de cero crecimiento* planteado por el Club de Roma. En respuesta, le opusieron un modelo matemático de desarrollo basado en la igualdad de la humanidad y en la garantía de acceso a las necesidades básicas. Este fue un ejercicio teórico para el desarrollo latinoamericano, que permitía salir de la pobreza estructural sin impugnar el capitalismo ni proponer una perspectiva socialista.

En ese mismo momento, y sumándose a la crítica de los planteos neomalthusianos, nace la *ecología política,* bajo los coletazos del Mayo francés. Según posteriormente lo sistematizó André Gorz, este fue el emergente de "la imposibilidad de continuar por el camino

del desarrollo de las economías industriales, la destructividad del modelo capitalista de desarrollo y de consumo". La corriente de la *ecología política* nació como una propuesta crítica, cuyos cañones apuntaban simultáneamente contra el capitalismo industrial y el bloque socialista, por su productivismo industrialista. De este modo, en 1973, con la crisis del petróleo ya estallada, el filósofo Ivan Illich propone la *autolimitación*: que los individuos reduzcan el consumo del automóvil y del transporte de pasajeros: "camine, señora, camine".

Dos décadas después, a comienzos de los años noventa, la *ecología política* se convirtió en la política de los partidos verdes europeos: menos trabajo, menos consumo, más autonomía individual, más seguridad existencial. Este enfoque crítico del humanismo vulgar *ecocapitalista* ubica en la *industria*, en el *sistema industrial* y en el *desarrollo industrial*, la fuente de la contaminación... y de todos los males. En este sentido, frente al *desarrollo sustentable* de la ONU o el *ecodesarrollo* de Sachs, para esta corriente *ecologista verde* el desarrollo no es deseable y su superación es la *autolimitación individual*.

La autolimitación tiene algunas otras ramificaciones -muy difundidas, por cierto- entre las que se encuentran las teorías del *decrecimiento*.

La Tasa de Retorno Energético (TRE) fue propuesta en 1984 por lxs investigadores estadounidenses Cleveland, Costanza, Hall y Kaufmann, para abordar los problemas energéticos de la economía estadounidense desde una perspectiva biofísica. Esta tasa -llamada también de retorno energético de la energía invertida- es la relación entre la energía entregada a la sociedad y la energía depositada para producirla. Es una idea que viene de los aportes del economista rumano Nicholas Georgescu-Roegen, padre de la *bioeconomía*, quien propone que la economía se basa en las leyes de la termodinámica. Bajo la segunda ley de termodinámica -de la entropía-, Georgescu-Roegen plantea que las actividades humanas se desarrollan a costa de su disipación, es decir, existe un límite físico para las sociedades industriales y para la especie humana. Es importante señalar el apego de Georgescu-Roegen a la estabilidad, muy propia de las teorías positivistas, a las cuales se proponía criticar. De esta forma, el econo-

mista rumano no tiene más remedio que apelar a soluciones morales: "reducir el consumo exomático y minimizar los remordimientos" (!) para heredar a las próximas generaciones los mismos recursos, frente a lo que él denomina de modo pesimista la "naturaleza insaciable" del ser humano.

El punto de partida del ecologismo que utiliza la TRE como parámetro para pensar el futuro es entonces la escasez. Se parece mucho al punto de partida del Club de Roma, pero en vez de *crecimiento cero* y *sobra gente*, dicen *decrecimiento*. El mismo Gorz señaló que "el decrecimiento es un imperativo de supervivencia", al mismo tiempo que le decía *adiós al proletariado*.

Aquí aparece una deriva interesante, que nos vuelve a llevar al ecocapitalismo. Recordamos con pesar aquel mantra del "fin del trabajo", cuando la automatización venía a eliminar el trabajo y pasábamos a otra etapa de la humanidad y *sarasa*; ese dogma neoliberal que en América latina lxs trabajadores echamos por tierra a fuerza de protestas y ascensos de gobiernos populares. Uno de los cantores de sirenas se llama Jeremy Rifkin y tiene el *tupé* -digámoslo así- de seguir

vendiendo consultorías y libros a diestra y siniestra. En 2002 este mismo señor dijo que la economía del hidrógeno crearía una red energética mundial y se redistribuiría el poder en la Tierra. Sin embargo, hoy, 20 años después, el peso de los hidrocarburos en la economía sigue creciendo.

Notoriamente, estas versiones de decrecimiento insisten en dejar de lado a lxs legítimxs productores de todo lo que hay, de todo lo que crece, de todo lo que se desperdicia, de todo: lxs trabajadores.

La jaula es tan grande que parece que volás[3]

El 27 de febrero de 2022 el IPCC -el grupo de expertos en cambio climático de la ONU- dio a conocer la segunda parte del sexto informe de *Evaluación, cambio climático 2022: Impactos, adaptación y vulnerabilidad.* El informe menciona 27 veces el *decrecimiento* como una estrategia para la mitigación rápida de los impactos del calentamiento global. Es decir que la idea del *decrecimiento* va penetrando insospechadamente la senda de Naciones Unidas. La corriente que analizamos

3 "La jaula es tan grande que parece que volás" es un verso del tema *Estamos, Estarás,* de Gabo Ferro.

más arriba fue una versión del decrecentismo pesimista. Pero esta no es la única.

La ola verde feminista nos mece con ella. Nos permite desnaturalizar un modo de ejercicio del poder que somete históricamente a las mujeres y a las disidencias sexo-genéricas, y al mismo tiempo, luchar y conquistar reivindicaciones que le ponen un coto al poder machista. Nuestro pueblo se pintó de verde y cada una de las disputas y debates que damos están atravesados por la lucha de las compañeras. También la cuestión ambiental.

El *ecofeminismo* es una de las perspectivas que más difusión tuvo en los últimos años en nuestro país y en nuestra región. Entrama la fortaleza del movimiento feminista con interrogantes de lo más diversos: el uso de la tierra, la industria minera y petrolera, el *pool de siembra* (inversores, maquinaria, agroquímicos y semillas genéticamente modificadas), el procesamiento de los alimentos, etc.

El *ecofeminismo* constituye un conjunto de articulaciones derivadas del feminismo, del ecologismo y del multiculturalismo. Es decir, es otra de las perspectivas que emerge con fuerza ante el fin de los "grandes relatos" que mencionamos en la introducción.

Desde el punto de vista filosófico, el *ecofeminismo* hace una crítica al mundo moderno cartesiano y se enfrenta con el binarismo mujer-hombre y naturaleza-cultura, que oprime a lxs subalternxs. Esta perspectiva tiene muchos puntos en común con los planteos del archifamoso Michael Foucault: el poder es una relación desigual, que se ejerce a través de instituciones y está signada por múltiples micropoderes, que oprimen a los individuos en su libertad.

Para el *ecofeminismo*, el patriarcado oprime a las mujeres y la modernidad, a la naturaleza. Las mujeres y la naturaleza son sujetos subalternos: "la mujer ha sido presentada como naturaleza para justificar su subordinación y la tierra ha sido presentada como mujer para justificar su uso", dijo una *ecofeminista* en una actividad organizada por el Ministerio nacional de Ambiente en 2021.

Hay muchas corrientes dentro del *ecofeminismo*, pero Maria Mies y Vandana Shiva son dos autoras clave. En 1997 publicaron un libro en el que critican lo que ellas denominan "modelo biocida". Plantean que este "biocidio" producido por el capitalismo tiene mecanismos económicos, políticos, episte-

mológicos y simbólicos que lo sostienen. La industria, la producción en masa y el consumo masivo son parte central de estos mecanismos. "Los materialismos capitalista y marxista, que consideraron el logro de la felicidad humana como algo básicamente condicionado a la expansión de la producción material de bienes, negaron o denigraron esta dimensión", dicen Mies y Shiva.

Frente a esto, ellas proponen su versión de la *subsistencia*, en línea con lo que decía el antropólogo Marshall Sahlins refiriéndose a sociedades de cazadores recolectores: "a la opulencia se puede llegar por dos caminos diferentes. Las necesidades pueden ser 'fácilmente satisfechas' o bien produciendo mucho, o bien deseando poco". En la versión ecofeminista no hace falta producir más que la cantidad requerida para satisfacer las necesidades de las comunidades humanas; no hace falta hacer uso de la naturaleza no humana, más allá de lo que se precisa para subsistir. Sobre la desigualdad entre ricos y pobres, opera el relativismo que se pregunta "¿pobres respecto de qué?". Los hombres deben cultivar, cuidar y ser compasivos al igual que las mujeres. En síntesis, la propuesta es

recuperar la agricultura comunitaria y vivir sin consumir más de lo necesario.

La crítica al paradigma de *crecimiento* es antagonizado con la idea de *decrecimiento para la subsistencia*, como un modo de unidad entre naturaleza (lo femenino) y cultura (lo masculino). Esta propuesta implica no producir más que aquello necesario para subsistir, bajo la expectativa de que la vida en comunidad agraria nos protege de los conflictos de la sociedad industrial.

Estos planteos anti-industrialistas parecen hacer caso omiso de desarrollos sustantivos que se producen en fábricas con trabajadorxs. La penicilina o la vacuna contra el COVID-19, los satélites y los rayos X no se producen en una vuelta a la agricultura comunitaria con decrecimiento industrial. Desgraciadamente, durante la pandemia proliferaron algunas de estas miradas.

Hasta aquí vimos dos perspectivas del *decrecimiento*: una cuyo punto de partida es la escasez y el exceso de personas en el planeta y otra que propone vivir de la agricultura de subsistencia para reunificar aquello que el cartesianismo separó.

Pero hay una tercera perspectiva *decrecentista*: la del antropólogo británico Jason Hickel. El autor parte de la idea de que el *crecimiento* es la "ideología del capitalismo". Por lo tanto, para oponerse al capitalismo el *decrecimiento* es el camino. Hickel plantea que no es la humanidad la que destruye el planeta, que no existe tal cosa como el *antropoceno*, sino que el responsable es el *Norte global*. Así, Hickel dice "el consumo de recursos en el Norte tiene un impacto ecológico que se registra en gran medida en el Sur".

Detengámonos unos minutos ¿Qué significa *Norte global*? Norte y Sur global son dos categorías provenientes de los denominados estudios poscoloniales, que pusieron el acento en la configuración del mundo entre los países colonialistas y los países colonizados (y descolonizados en las décadas de 1950-1960). Estos estudios analizan cómo se construyó un sujeto subalterno en el conflicto colonial y sobre todo, posteriormente a la descolonización formal, en Asia y África. En el caso de América latina -mayormente descolonizada en el siglo XIX, aunque aún hay bastiones ocupados, como nuestras Malvinas- el análisis de las sociedades poscoloniales emergió

en las últimas décadas con los estudios *decoloniales*, para los cuales el abordaje está en la crítica al modo de ser, pensar y sentir eurocéntrico. Pero ese es otro cantar.

En el campo de los análisis socio-culturales y políticos, la definición de países poderosos y países dominados es un problema en sí. Las múltiples variantes entre desarrollados y subdesarrollados, centrales y periféricos, primer y tercer mundo, etc., muestran las dificultades que existen para comprender un mundo desigual. La teoría del imperialismo, la de la dependencia, la del desarrollo, la poscolonial, todas parten de la desigualdad existente entre lugares, personas y empresas. Norte y Sur globales entonces, son categorías propuestas por una corriente del poscolonialismo para explicar rasgos de estas diferencias y refieren a zonas del planeta que agrupan países y lugares desiguales, coincidentes -aunque no totalmente- con los puntos cardinales.

Volviendo entonces al *decrecentismo* de Hickel, el Norte global es el consumidor masivo que provoca la contaminación y el cambio climático. El antropoceno nos echa la culpa a todxs y Hickel responde planteando que es el consumo descomunal del Norte global el que

requiere explotar los recursos del Sur global, y que para ello sostiene mecanismos colonialistas y "extractivistas".

¿Sobre qué movimiento se asienta la propuesta de Hickel? En *Río + 20* -a veinte años de la Cumbre de Río- varios sindicatos hicieron hincapié en que para transitar los cambios productivos requeridos para disminuir la contaminación y el cambio climático era necesario tener reglamentaciones financieras robustas, restricciones a la especulación y apoyo a la "economía real". El enfoque de la megaestructura sindical encuadrado en la CSI se ubicaba en la *transición verde* y en *economía verde*. Sin embargo, los sindicatos latinoamericanos recuperaron el concepto de "transición justa", retomando el principio de "responsabilidades compartidas pero diferenciadas", para no perder derechos laborales. Esta idea fue aprobada en el II Congreso de la CSI, luego en la OIT y finalmente reconocida por la COP26 de Glasgow.

Para Hickel, el modo de encarar las "responsabilidades compartidas pero diferenciadas", implica el *decrecimiento* del *Norte global*. Si decrece ya no es necesario el "extractivismo", y agrega que el "decrecimiento en el

Norte representa un proceso de descolonización en el Sur".

Esta versión poscolonial del *decrecimiento* se distancia del *ecofeminismo*, pues no propone que la salida es la subsistencia. Hickel, al contrario, responde a las críticas económicas que se le hacen: por un lado, frente a las voces que plantean que el *decrecimiento* implica recesión económica, Hickel dice que *decrecimiento* es reducción del consumo. Por otro lado, sobre todo desde el Sur global, hay quienes plantean que el decrecimiento del Norte implica restricción externa de divisas para el Sur, y que por lo tanto, se restringen las posibilidades de desarrollo. Para ello, Hickel propone *justicia económica:* salarios justos e igualitarios en el Norte y en el Sur, tal como plantean los sindicatos de la "transición justa". Pero además, insta al *Sur global* a "construir economías centradas en la soberanía, la autosuficiencia y el bienestar humano".

¡Qué lío! Un británico nos propone descolonizarnos a partir del *decrecimiento* en el Norte y salarios justos. Más allá de las buenas intenciones de Hickel, se huele el viejo eurocentrismo decimonónico que proponía que por allá había sociedades complejas y por

acá, simples. En el *Sur global* -además de la intervención económica, política y militar directa de los Estados Unidos y otros países del *Norte global*- tenemos nuestra propia historia de contradicciones entre clases dominantes nativas dueñas y poderosas, clases populares capaces de resistir y luchar, y Estados que van oscilando, procurando mantener la unidad. Esto exige evidentemente abordajes más complejos. Pero además, no precisamos de la iniciativa del *Norte global* para descolonizarnos. Nuestra historia de descolonización así lo demuestra.

Nos privatizaron el viento, nos privatizaron el sol

Las variedades de *ecocapitalismos* y de *decrecentismos* que estuvimos abordando hasta aquí tienen su "versión argentina", que hoy cobra relevancia en el debate político local.

Argentina es el noveno país de mayor tamaño del mundo. La diversidad de riquezas (*bienes comunes* o *recursos naturales*, según quién lo diga) existentes y potenciales es enorme. Cuál es el uso y propiedad de la *renta diferencial de la tierra* es una discusión histórica en nuestro país, pero en lo que va del siglo se sumó también como elemento del debate la cuestión ambiental.

Hasta la década de 1990, producir alimentos en las tierras de la pampa húmeda tenía como correlato aquello de "las vaquitas son ajenas" y "a desalambrar". Pero en 1996 el gobierno menemista autoriza el uso de la soja transgénica RR y comienza la llamada segunda revolución verde. Con la hegemonía del capital financiero, se incorporó un sistema de aumento de la productividad significativo: arrendamientos de campos por parte de fondos de inversión llamados *pool de siembra* (que sacan de la competencia a pequeños y medianos productores agropecuarios, sin comprarles la tierra), el uso de semillas transgénicas y la contratación de servicios tercerizados de maquinarias con intervenciones satelitales (por ejemplo, geolocalización), de agroquímicos sintéticos y la significativa disminución de la cantidad de trabajadores rurales implicados en el proceso. Este paquete tecnológico permitió extender la frontera agrícola y por tanto aumentar la *renta diferencial de la tierra*, tanto con la incorporación de otras áreas con capacidad de producción de mercancías de exportación (*commodities*), como con el aumento exponencial de la productividad. Los debates que antes ponían el

acento en la propiedad y la apropiación de la renta diferencial se desplazaron hacia las consecuencias ecológicas de la destrucción de la biodiversidad nativa para la producción en escala de *commodities*.

En simultáneo, el mismo gobierno menemista modificó el código minero a partir del cual se desarmaron las empresas públicas nacionales mineras, se provincializó la explotación y se redujeron las cargas impositivas de las empresas. De esta forma, desde entonces las provincias son quienes tienen que negociar con las grandes multinacionales hacia fuera y con el Estado nacional hacia adentro, configurando una pérdida de soberanía nacional y una competencia entre los Estados provinciales. Esto favoreció económicamente a las grandes empresas, que comenzaron a operar con un sistema de mayor productividad, a partir de la incorporación de tecnología y de otro modo de organización del trabajo (con tercerizaciones y polivalencia laboral). El minero de pico, pala y socavón iba siendo reemplazado por un segmento de trabajadores contratado directamente por las grandes empresas, con mucha calificación técnica, y otros segmentos de trabajadores

subcontratadxs a través de distintos modos de precarización laboral y pérdida de derechos sistemática. Como en el caso agrario, mayormente los debates sobre el complejo minero se desplazaron hacia cuestiones ecológicas, sobre todo por el uso de químicos y la cantidad de agua utilizada.

En la resistencia ecológica a estos procesos, que ya lleva décadas, apareció un concepto para describirlos: *extractivismo*. Bajo esta categoría se fue moldeando un sentido común que impugna la contaminación ambiental, responsabiliza al *extractivismo* de todos los fenómenos que dañan el ambiente y los *bienes comunes*, y promueve la conservación. El *extractivismo* es un modo de decir muchas cosas en simultáneo, con bastante imprecisión y por eso para su definición es mejor apelar a casos. Por ejemplo, durante el kirchnerismo, *extractivismo* se convirtió en un modo de endilgarle al gobierno que compartía una plataforma común con el neoliberalismo. Es decir, *extractivismo* no se reduce a describir modelos productivos relativamente novedosos, sino a impugnarlos, aunque por su propio eclecticismo los motivos de la impugnación dependen de quieén los enuncia.

Vamos a otro ejemplo, con un caso que está en debate hoy: la exploración de hidrocarburos *offshore*, en la cuenca marítima argentina. Contra este *extractivismo* se levantaron intelectuales y artistas, el intendente macrista de Mar del Plata y otrxs políticxs opositores. Lograron que un fallo judicial provincial suspenda la exploración. El gobierno apeló y ahí andamos. ¿Cuáles son los argumentos?

Comenzamos este ensayo con la descripción de la película producida por una fundación -FARN- y financiada por empresas enormes. Pues bien, FARN salió a decir que este emprendimiento de *offshore* en el Mar Argentino es contrario a la *transición energética*. Greenpeace -otra fundación igualmente financiada por empresas multinacionales, pero mucho más conocida- salió a encabezar las movilizaciones, diciendo que el *offshore* implica un daño a la biodiversidad, que afecta a las ballenas, que va a haber derrames. Además, Maristella Svampa y otrxs intelectuales que forman parte del agrupamiento #Mira (@mira_sociamb_) salieron a criticar la exploración, sumándole a los argumentos anteriores que el *extractivismo* es saqueo, destrucción, contaminación y enfermedad.

En esta misma línea, algunxs intelectuales lationamericanxs proponen que estamos viviendo en un *neoextractivismo desarrollista de carácter depredatorio y dependiente*. El *extractivismo* es entonces el modo de explicar en qué país y región del mundo vivimos, sin que quede muy claro cuál o cuáles son los sujetos *extractivistas*. ¿Las empresas transnacionales, las empresas públicas, los gobiernos, lxs trabajadores minerxs o lxs peones rurales, las "comunidades"? Lo impreciso de esta categoría nos conduce no solo a una incomprensión de los fenómenos sociales, sino a tener dificultades para proponer caminos diferentes.

Así, en este enfoque *anti-extractivista* podemos encontrar elementos tanto del *ecocapitalismo* como del *decrecentismo*. Las propuestas que emergen van desde la agroecología de subsistencia, hasta un *Nuevo Pacto Verde* (Green New Deal). Esto es muy significativo, pues para salir de la crisis de 1929, el keynesianismo en Estados Unidos tuvo el nombre de *New Deal* (Nuevo Pacto). Esta idea de *Nuevo Pacto Verde* nace en plena *crisis subprime*, en 2008, de una red de fundaciones y organizaciones a favor del bien y en contra del mal, pero con mucho *lobby* empresarial. Por su-

puesto, Greenpeace está entre ellas. Qué ensalada ¿no? El progresismo *anti-extractivista* que recupera la idea del *Nuevo Pacto Verde*, comparte con multinacionales estas ideas, pero también con el el recientemente desplazado ex ministro de producción nacional Matías Kulfas, acusado de ser "el ministro del extractivismo".

En esta misma dirección, existe en nuestro país una corriente autodenominada *desarrollista* que le responde al *extractivismo*. La premisa básica es que si la búsqueda va por el camino de mayor bienestar y mayor inclusión social, lo que hace falta es desarrollo. En términos generales, la propuesta de esta corriente desarrollista es salir de la crisis actual con el ingreso de divisas provenientes de la exportación de materias primas y que el excedente de la venta de productos primarios sea orientado por el gobierno en inversión para el desarrollo: infraestructura, industria con "diversificación de la matriz productiva" y salarios. El propósito es que finalmente las exportaciones dejen de ser primarias y tengan "valor agregado", es decir, que se exporten mercancías que hayan sido en alguna medida industrializadas.

Al menos es polémico que se llamen *desarrollistas*, pues se representan a sí mismxs dentro del campo del pueblo. Sin embargo, no podemos dejar de recordar que luego de la segunda guerra mundial, bajo la preocupación de que el tercer mundo ingresara en la órbita socialista (como ocurriera en 1949 con la revolución china y en 1959 con la revolución cubana), Naciones Unidas impulsa comisiones para abordar el "desarrollo" de los países subdesarrollados. En América Latina, se crea la CEPAL y con ella nace el *desarrollismo* latinoamericano. En Argentina, el *desarrollismo* ingresa de la mano de Frondizi, con el plan de multiplicar la industria a través de inversión extranjera directa, particularmente de monopolios estadounidenses. Esta posición *desarrollista* confrontaba con el peronismo, cuyo desarrollo industrial había ido de la mano de la intervención del Estado, a través del proteccionismo con instrumentos de regulación y de empresas públicas. El intento de Frondizi de someter por vía del capital monopólico estadounidense y del ajuste fiscal fue resistido por la clase obrera y por el movimiento estudiantil, y por cierto, re-

primido con el Plan CONINTES. Sí, suena conocidísimo.

Volviendo al presente, en el antagonismo con la corriente *extractivista*, con enorme desatino, uno de los voceros de la corriente *desarrollista* -el periodista Claudio Scaletta- la llamó "Alianza Antiexportadora Argentina". De más está decir que con esta definición impugna por completo cualquier debate y por cierto, es una afrenta a las víctimas de la Triple A, en 1974-1975. Más allá de todo, este insulto deja en evidencia las dificultades para dar la discusión y para integrar la cuestión ambiental a una propuesta de desarrollo para la Argentina.

Decíamos que para el desarrollismo actual, el objetivo es que las mercancías de exportación pasen por algún proceso industrial, que permita desde el comienzo crear empleos. Tomemos dos ejemplos de iniciativas exportadoras con "valor agregado" que forman parte de los proyectos que promueven. El primero es el hidrógeno verde. Se trata de un modo de producir energía a partir de la electrólisis del hidrógeno -*recurso natural* existente por doquier-, pero en lugar de hacerlo con la fuente energética convencional (petróleo y gas), se

produce a partir de la energía eólica. Así se convierte en *verde*, pues se produce energía limpia a partir de una fuente renovable. En la última COP26 en Glasgow, el gobierno argentino firmó un acuerdo por la inversión directa de una empresa australiana de hidrógeno verde exclusivo para exportación, que se emplazará en la zona franca de Sierra Grande (donde existió la empresa pública de mineral de hierro, Hipasam). Es decir, una iniciativa de "energías limpias" como fuente de nuevos empleos e ingreso de divisas por medio de la exportación.

El segundo ejemplo es más *sofisticado*. No se trata de materias primas, sino de la exportación de un auto eléctrico de altísima gama. Se trata de un chiche de tres ruedas para millonarios, con inversión de la empresa Daymak, pero con diseño de una empresa argentina. Se va a producir en Córdoba -provincia con una tradición sindical combativa de metalmecánicos-, se estiman 500 puestos de trabajo y se orienta por completo a la exportación. Un aspecto de esto proviene del mercado al cual está dirigido este triciclo: Bruno Díaz o Jeff Bezos. El otro es que Argentina aun no tiene casi surtidores eléctricos. No obstante,

las grandes empresas automotrices encabezadas por Toyota tienen -bajo la consigna de *desarrollo sustentable* y *tecnologías limpias*- como horizonte la hibridez o electromovilidad completa de los vehículos que vende.

Kalecki, uno de los economistas seguido por lxs desarrollistas, planteaba que los capitalistas invierten en función de sus beneficios y que el aumento de los beneficios proviene del consumo de los capitalistas (el triciclo para millonarios), del superávit del comercio exterior (exportando hidrógeno verde) y del déficit fiscal gestionado por el gobierno (con ajuste del gasto público). Como esto último no es deseable, se trata de poner todos los cañones en los dos primeros. Sin embargo, en ninguno de estos dos ejemplos de inversión para exportación intervienen empresas públicas y los marcos regulatorios son -como mínimo- escasos. La idea de que la exportación concentrada en manos privadas implica el ingreso de divisas que *derramarán* en inversión industrial y por tanto en nuevos puestos de trabajo y en salarios no parece verificarse de modo lineal. Por un lado, está la fuga de capitales: los grandes empresarios -de capitales transnacionales- no tienen por qué dejar

sus divisas acá, la historia demuestra que más bien las sacan de nuestro país, pues tranquilamente lo pueden reinvertir en lugares del mundo donde la fuerza de trabajo sea más barata y haya menos conflicto sindical. Por otro lado, la disputa entre Estados Unidos y el bloque OTAN contra Rusia, China y otros países: la inversión extranjera directa que promueve China en nuestro país es sistemáticamente resistida por Estados Unidos. Un ejemplo de esto es la demora ya de más de seis años en la inversión nuclear china, junto con la explícita "solicitud" de la embajada estadounidense de que Argentina no entre al mercado de los *small modular reactors* SMR (pequeños reactores modulares). Finalmente, es importante identificar que aun con reinversiones en nuestro país, la distribución impositiva es escasa como para avanzar en planificación soberana de desarrollo industrial: vale recordar solamente lo que costó en plena pandemia sacarles a lxs empresarixs un impuesto a la riqueza, que al final fue por única vez y ni siquiera todxs lo pagaron.

Es decir, la propuesta de atraer inversiones de *tecnología verde* para promover el desarrollo de los países periféricos, subdesarrollados y del tercer mundo, como el nuestro, tiene

sus bemoles. Y vamos a un último ejemplo: la "revolución energética" uruguaya. Con la importante inversión que se hizo en energía eólica, en menos de diez años, Uruguay pasó de tener cero inversiones en molinos de viento a cubrir casi el 40% de la generación de electricidad en base a ellos. Sin embargo, esto creó otros problemas. Por un lado, se privatizó parcialmente la generación eléctrica, pues los molinos de viento están controlados por empresas privadas. Por otro lado, la inversión de molinos superó la generación de energía frente a la demanda real uruguaya, cuyos contratos exigían en forma estricta la dolarización, que se encadenó también a las tarifas de energía eléctrica, es decir, un aumento tarifario para los consumidores. Como se muestra en este caso, la diversificación energética en base a la "transición hacia energías limpias" no necesariamente implica desarrollo, bienestar, ni por cierto, soberanía, sino -al menos en este caso- mayor especulación financiera. Una dolarización del viento y del sol.

Por último, en palabras de Scaletta en una entrevista de la Agencia Paco Urondo, el *desarrollismo* propone que "son los Estados quienes tienen que incluir la regulación y vigilancia adecuadas para que este cuidado

se haga efectivo (...) Cuanto más subdesarrollado es un Estado menor es su capacidad de vigilancia. Cuanto más anti-Estado es la ideología del pseudo ambientalista, menos va a creer en la capacidad de regulación pública". Esta interesante perspectiva presenta algunas dificultades: por un lado, concebir un Estado que se limite a ser instrumento de regulación y vigilancia imposibilita abordar políticas de desarrollo -incluyendo lo ambiental- haciéndose cargo del existente conflicto de intereses entre las grandes empresas y los pueblos. Por otro lado, la idea subyacente -largamente demostrada como errónea- de que el Estado es un tercero neutral del conflicto capital-trabajo.

Todo lo expuesto indica a las claras que ninguna de las dos miradas descritas -el *anti-extractivismo* y el *desarrollismo actual*- aportan soluciones a la emergencia ambiental ni tampoco una solución para nuestro pueblo. Ambas miradas parecen tener incluso dos convergencias implícitas en sus discursos: la ausencia de un sujeto de transformación social y la perpetuación de la propiedad privada como si esta estuviera fundamentada en la ley de gravedad.

Con este fulgor, mañana es mejor[4]

Después de recorrer las principales -aunque no las únicas- corrientes políticas y teóricas que abordan la relación entre desarrollo y ambiente, llegamos al final de nuestro ensayo. Pudimos abordar algunas nociones generales de por dónde circula el debate ambiental hoy, así como algunos de sus orígenes. Si repasamos, nos vamos a encontrar con que en primer lugar, el proceso de derrota y derrumbe del proyecto socialista y revolucionario en las últimas tres décadas del siglo pasado desplazó la lucha y los problemas sociales hacia otros sitios. Uno de ellos es el ecológico, o mejor dicho, la contaminación ambiental y el cambio climático. Este traslado hacia nuevos núcleos de disputa encontró al movimiento

4 Aquí hacemos un juego de palabras con los versos de la canción Puentes Amarillos, de Luis Alberto Spinetta.

popular sin teoría sobre el sujeto de la transformación: ¿quién es el responsable del cambio climático? ¿Quién debe poner un coto a las emisiones de CO_2? ¿Cómo? Estas preguntas quedaron la mayor de las veces sin respuesta. Frente a ese vacío, fueron llenándose de soluciones mágicas o meras descripciones catastrofistas de la realidad, que empujan hacia un camino de impotencia.

Una de esas respuestas mágicas emerge de la Cumbre de Río en 1992. Se sistematiza la idea de que es la humanidad la que contamina. Parece un problema de la especie: como humanos no sabemos vivir en este mundo, todo lo que tocamos lo destruimos, somos despóticos con el resto de los seres vivos. Este manto moral sobre la humanidad casi no deja espacio más que para el castigo. Sin ir más lejos, aparece años más adelante el "castigo divino": el papa Francisco en *Laudato Si'* despliega un llamado urgente al cuidado de nuestra "casa común", a asumir como especie la responsabilidad planetaria.

Bajo el paradigma del *antropoceno*, también se sistematiza otro enfoque, que propone resurgir de las crisis, saliendo hacia delante con nuevos y prósperos negocios: el eco-

capitalismo. Aparece la *economía verde* como modo de mercantilizar el ambiente y convertir en objeto de intercambio todo aquello que sea o parezca un paliativo a la contaminación. La ONU, el Banco Mundial y otras instituciones globales se ponen en marcha para consolidar un discurso explicativo de las virtudes del *desarrollo sustentable*, basado en las *tecnologías verdes* y en la *transición energética* hacia fuentes "limpias".

En esta misma dirección, luego de décadas de convertir a lo nuclear en el cuco, hoy esta energía se considera una posible *inversión verde*. La combinación pospandémica complementa la energía nuclear con energías renovables, para resolver la provisión energética en los países europeos: primero se ralentizó el comercio internacional por las restricciones de circulación de personas en el aislamiento pandémico y hoy la guerra plantea un escenario de obstáculos en la exportación de energía de Oriente a Occidente. La energía nuclear se convierte así en lo que efectivamente es, una fuente energética eficiente con muy poca emisión de gases de efecto invernadero en la totalidad de su ciclo de combustible y en un negocio rentable.

Pero no solo de iniciativas comerciales vive el debate ecológico. Además, existe una sucesión de discusiones políticas y teóricas alrededor de una idea: el *decrecimiento*.

Si el capitalismo es crecimiento -verde o del color que sea- y contamina, de lo que se trata es de *decrecer*. La versión más problemática de este enfoque es la propuesta neomalthusiana que plantea básicamente que para un mundo de recursos finitos, sobran personas. Esta corriente promueve el *decrecimiento* de los países centrales y nada que hacer en la periferia. Algunas de las derivas de esto vienen también con propuestas conservacionistas e intocables sobre ambiente, amparadas en la inmutabilidad ambiental.

Pero el *decrecentismo* tiene otras vertientes, por suerte más complejas. El *ecodesarrollo* propone estilos de desarrollo diferenciados según cada región. Una variante de la *ecología política* promueve la autolimitación individual del consumo. El *ecofeminismo* propone una economía de subsistencia y una vida comunitaria alrededor de la agroecología. El *decrecimiento anti-capitalista* plantea *decrecer* en el Norte global y descolonizar el Sur global.

Asimismo, tanto las versiones del desarrollo *ecocapitalista* como las del *decrecimiento* se conjugan, se mezclan, se separan en versiones telúricas: el *anti-extractivismo*. En Latinoamérica se instaló la idea de que el *extractivismo* es el nombre que adquiere una variedad de fenómenos depredatorios y destructores de la naturaleza. Bajo esta misma categoría se explican la contaminación ambiental, la exportación de materias primas, la violencia y la pobreza. La respuesta es también imprecisa y ecléctica, tomando recursos de las distintas variantes del *ecocapitalismo* (por ejemplo, el *Green New Deal*) y del *decrecentismo* (agroecología, descolonización por decrecimiento, anti-desarrollo, etc.).

Para nuestra región, y particularmente en nuestro país, aparece la corriente *desarrollista* que discute con el *anti-extractivismo*. La propuesta se orienta bajo la premisa de que la exportación de materias primas y el consecuente ingreso de divisas es lo que permitirá un camino de desarrollo. Ese camino, en términos ambientales, encuentra bastante poco más que la lógica de la *economía verde*: es la versión autóctona del *desarrollo sustentable*. Uno de los debates claves en este aspecto son

las compras "llave en mano" de tecnología. En el incidente de Fukuyima, al no abrir el "paquete tecnológico" que ofrecia la Westinghouse Electric -es decir, no desagregar, ni producir aprendizajes, sino aplicar tal cual como viene-, el equipo diésel que debía funcionar de emergencia estaba en el sótano (en lugar de la terraza) y se inundó.

Este es un ejemplo en extremo dramático, pero la compra de tecnología en el exterior en cualquier caso debe poder implicar un proceso de apertura y aprendizajes, que luego nos permita salir de la dependencia tecnológica con recursos propios. ¿Quién hace esto? ¿Cómo se hace?

Como decíamos al comienzo, en el debate desarrollo-ambiente hay un problema muy serio: el sujeto de la cuestión ambiental. En las distintas vertientes del *ecocapitalismo*, las empresas son el sujeto concreto de la resolución del conflicto ambiental. La utopía *ecocapitalista* dice que las empresas son las que deben reconvertir sus negocios hacia tecnologías "amigables" y menos contaminantes con el ambiente. Para eso tienen la potestad de su propiedad privada de decidir qué tecnología se desarrolla, cuál no, cuál se compra "llave

en mano", dónde se emplaza esa tecnología, qué se hace con la ganancia por la venta de bienes o servicios producidos por trabajadores con esa tecnología, cuál es el volumen y la escala de producción. El *ecocapitalismo* propone que las empresas resuelvan y que los Estados ayuden: faciliten el marco jurídico y financiero de las inversiones, usen el monopolio de la fuerza para desplazar a quienes se quejan y rindan cuentas de que hay en marcha un proceso de transformación verde de lo que consumimos. Verde que te quiero verde.

Aun cuando esta utopía *ecocapitalista* se encuentra con una realidad bastante más compleja, su interés reside en decidir sobre las inversiones de forma libre, con un ropaje "respetuoso del ambiente".

Por otro lado, desde el campo popular el problema con el sujeto es su ausencia o impresición. Frente a la exigencia de grandes empresas agropecuarias, emplazamiento de represas o de emprendimientos hidrocarburíferos o mineros-, las "comunidades" de regiones sin gas natural, cloacas e incluso sin agua potable, se enfrentan al desplazamiento territorial. La ausencia de futuro en zonas rurales o alejadas de los grandes centros urbanos es

una constante en nuestra región, pero las respuestas *anti-extractivistas* no implican proyectos de desarrollo que permitan vivir bien, disfrutar de una vida en similares condiciones que en las ciudades con pleno acceso a servicios, sino que se trata de impugnar cualquier proceso de industrialización. En un continente como el nuestro, en el cual las luchas contra las privatizaciones aún forman parte de nuestra memoria histórica, los debates sobre la contaminación del agua o sobre el uso de energías "sucias" no discuten la propiedad de esos recursos. Se enfrentan a las empresas multinacionales con la bandera de la conservación, que condena a esas "comunidades" a la falta de acceso a servicios básicos.

El camino *mañanas campestres*[5], con agricultura familiar o agroecología, niega la historia de las luchas de madres, padres, abuelxs y bisabuelxs por conquistar la estatización de los recursos soberanos y de los derechos laborales. El *anti-extractivismo* es un camino que invisibiliza que todo aquello que consu-

5 *Mañanas campestres* es una canción -emblema del hipismo argentino- de la banda Arco Iris de Gustavo Santaolalla.

mimos está producido por trabajadores, con una larga historia detrás.

Tanto frente a la utopía *ecocapitalista*, como a la *anti-extractivista*, el Estado es un obstáculo. Y sin duda, muchas veces lo es. Dejarle al Estado capitalista la potestad de organizar y administrar el debate ambiental no es una buena idea, pues su rol es precisamente organizar y mantener la hegemonía, manteniendo unida a la sociedad y evitando mayores fisuras, pero manteniendo la desigualdad que el capitalismo implica. De esta forma, las versiones ecológicas que lleva adelante el Estado siempre son privilegiando los negocios del sector dominante, dando lugar a modos, políticas y discursos capaces de contener los conflictos.

La industria contamina y eso es absolutamente comprobable, contrastable y real. Los antibióticos, internet, la vacuna contra el COVID-19, la potabilización del agua, la luz eléctrica, la reproducción de música grabada para un cumpleaños de 15 contaminan muy seriamente. Pero perder de vista quiénes somos y contra qué peleamos tiene consecuencias muy serias.

Por suerte, hay que decirlo, existe la lucha de clases. Ni el capitalismo de traje verde invierte y obtiene ganancias en una cámara *anecoica* (sin sonido), ni *mañanas campestres* suena en los oídos de todxs. Vivimos en un mundo en el cual lxs trabajadores hacen un esfuerzo sostenido por no negar su historia, se sindicalizan, forman organizaciones políticas, culturales, sociales, de fomento y la política es un lenguaje común.

Este ensayo lo comenzamos hablando del litio. Ese mineral tan preciado para el almacenamiento energético, la electromovilidad y otras tecnologías importantes (y rentables), que se ubica específicamente en algunas regiones del planeta. La más importante en salmueras está en el triángulo compartido entre Argentina, Chile y Bolivia.

Este territorio es el mismo por el que anduvo el Che Guevara con su motocicleta y en sus últimos días, antes de ser asesinado por la CIA y el ejército boliviano. Contemporáneo al nacimiento de estos debates ambientales, aún en un mundo bipolar, el Che daba uno de sus memorables discursos en el Segundo Seminario Económico de Solidaridad Afroasiática, en Argel, en 1965. Ahí planteó, al menos, cuatro cuestiones:

En primer lugar, el Che puso sobre la mesa la necesidad de una alianza entre los pueblos subdesarrollados y de los países socialistas contra el enemigo común: el imperialismo. En segundo término, él propuso que, en esta alianza, los términos de intercambio comercial y financiero no estén regidos exclusivamente por la ley del valor, por las reglas del juego capitalista, sino que acompañen fraternalmente a los países subdesarrollados en su camino de desarrollo. En tercer lugar, el Che afirmó que el desafío presente (en aquel presente y en este también) implicaba que las fuerzas populares de los países subdesarrollados avancen en caminos revolucionarios para construir una sociedad nueva. Y finalmente, que en las sociedades nuevas el desarrollo debía planificarse, no es producto del caos, ni consecuencia obligada de la historia. Cada una de estas tesis guevaristas puede pensarse y hacerse para nuestro presente.

Cuarenta años después del asesinato del Che en Bolivia, la organización sostenida y la lucha incansable del pueblo boliviano permitieron el ascenso de Evo Morales, quien dijo: "El planeta tierra existió y existirá sin la vida humana, pero la vida humana no pue-

de existir sin el planeta tierra. Ya es hora de identificar a los enemigos del planeta tierra, si queremos defender la vida humana".

Evo nacionalizó el litio, pero además creó Yacimientos de Litio Bolivianos (YLB), para negociar desde una posición de fortaleza con los monopolios, para tener el control sobre el litio. Pero también y fundamentalmente, para poder decidir democrática y soberanamente qué se hace con el litio que se extrae: cuánto se exporta y cuánto queda en el país para un proceso de industrialización en el territorio; qué se hace con esa producción industrial, cuánto se vende y cuánto se distribuye como valor de uso; cómo se avanza en desarrollos locales, cómo participan las organizaciones del territorio donde está el litio en estas decisiones, cómo se desarrolla una tecnología adecuada -y no llave en mano- que sirva a los fines definidos. Todo este proceso de transformación de un modo de organizar la sociedad que estaba en marcha en Bolivia, fue intencionalmente interrumpido por el golpe de Estado de 2019. Este golpe fue además aplaudido por unxs cuantxs intelectuales *anti-extractivistas*, que cayeron en la trampa del anti-desarrollo y del conservacionismo de la tierra.

La recuperación de la democracia en Bolivia por parte del MAS tiene las dificultades propias de la salida de una dictadura, que aunque corta, dejó herido al pueblo. Sin embargo, representa una oportunidad de comprender que los problemas ambientales no se resuelven con mayor subordinación a las *inversiones verdes*, ni con el conservacionismo agroecológico en comunidades que no tienen acceso a cloacas. Así como Yacimientos de Litio Boliviano, los ejemplos de producción pública -con propiedad estatal y/o colectiva- en Nuestramérica son múltiples y sin duda exitosos, donde el debate ambiental se incorpora a la planificación productiva. No solo hay inversiones, insumos y mercados; cuando lxs trabajadorxs dirigen también hay ambiente, necesidades inmediatas, futuro.

A fin de cuentas, el problema ambiental no es un problema de "tecnologías", sino de poder.

De esta forma, entendemos que para abordar la cuestión ambiental, la discusión por la propiedad puede ser una llave para resolver el drama de este pueblo sin piernas pero que camina. ¿Eso significa echar por tierra todo lo que aprendimos con las organizaciones

ecologistas, feministas, lgtb+, indígenas, negrxs…? Por suerte, así como celebramos la existencia de la lucha de clases, celebramos que la historia no tenga marcha atrás. Vivir Bien es disfrutar de todas aquellas capacidades de salud, de bienestar, de dignidad, de paz, de hermandad, que la humanidad ha sabido conquistar hasta aquí, pero de las que hoy solo hacen pleno uso un puñado de seres humanos. Para ello, la decisión de qué, cuánto, cómo y por qué se produce y se distribuye precisa ser socializada lo antes posible, para configurar un modo de vida respetuoso con el resto de las especies que habitan nuestro planeta.

La lucha por la propiedad pública del suelo y del conjunto de los bienes comunes, la disputa por la planificación democrática centralizada y la perspectiva del desarrollo en términos socialistas (es decir, sin privilegios ni desigualdades), permiten volver a inclinar el campo de batalla de la naturaleza en favor de los pueblos. Con este fulgor, mañana es mejor.

Para seguir leyendo

Cleveland, C.J., Costanza, R., Hall, C.A.S. and Kaufmann, R. (1984). Energy and the U.S. Economy: A BiophysicalPerspective. *Science,* 225, 890-897 https://sci-hub.se/http://dx.doi.org/10.1126/science.225.4665.890

Crutzen, P. J. (2000). The antropocene. *IGBP Global Change Newsletter, 41*, 17-18. http://www.igbp.net/download/18.316f18321323470177580001401/1376383088452/NL41.pdf

Foucault, M. (2002). *Vigilar y castigar : nacimiento de la prisión*. Buenos Aires: Siglo XXI Editores Argentina. http://www.ivanillich.org.mx/Foucault-Castigar.pdf

Georgescu-Roegen, N. (1971/1989). *La ley de la entropía y el problema económico*. http://www.fcmanrique.org/recursos/

publicacion/4cd925691%20pp.la%20ley%20de%20la%20entropia%20y%20el%20proceso%20economico.pdf

Gorz, A. (1994). Ecología política. Expertocracia y autolimitación. *NUSO* (134) https://nuso.org/articulo/ecologia-politica-expertocracia-y-autolimitacion/

Gudynas, E. y Acosta A. (2011). La renovación de la crítica al desarrollo y el buen vivir como alternativa. Utopía y praxis latinoamericana. *Revista Internacional de Filosofía Iberoamericana y Teoría Social, 16.* (3),71-83. http://www.globalizacion.org/análisis/GudynasAcostaCriticaDesarrolloBVivirUtopia11.pdf

Guevara, E. Che (1965). Discurso en Argel. https://www.marxists.org/espanol/guevara/escritos/op/libros/presente/23.htm

Hall, D.; van Niekerk, S.; Nguyen, J. & Thomas, S. (2013). Energy Liberalization, privatization and public ownership. https://www.world-psi.org/sites/default/files/en_psiru_ppp_final_lux.pdf

Herrera, Scolnik, Chichilnisky, Gallopin, Hardoy, Mosovich, Oteiza, Romero Brest, Suárezy Talavera, (2008). *¿Catástrofe o Nueva Sociedad?: Modelo Mundial Latinoamericano. 30 años después.* Argentina: Centro Internacional de Investigaciones para el desarrollo https://repositorio.esocite.la/378/

Hickel, J. (2021). The anti-colonial politics of degrowth, *Political Geography, 88.* https://sci-hub.se/https://doi.org/10.1016/j.polgeo.2021.102404

Illich, I. (1978). Energía y equidad. Desempleo creador. México: Editorial Posada S.A. http://www.ivanillich.org.mx/LiEnergia.htm

Keucheyan, R. (2013). *Hemisferio izquierda. Un mapa de los nuevos pensamientos críticos*. Editorial Siglo XXI. https://proletarios.org/books/Keucheyan-Hemisferio_Izquierda.pdf

Le Quang, M. y Vercoutére, T. (2013). *Ecosocialismo y buen vivir. Diálogo entre dos alternativas al capitalismo*. Quito: Editorial IAEN (Instituto de Altos Estudios Nacionales) https://www.fuhem.es/media/cdv/file/biblioteca/Analisis/Buen_vivir/Ecosocialismo_y_Buen_Vivir_Le_Quang_Vercoutere.pdf

Mies, M. y Shiva, V. (1998). *La praxis del ecofeminismo.* España: Icaria https://kolectivoporoto.cl/wp-content/uploads/2015/11/Mies-Maria-Shiva-Vandana-La-Praxis-Del-Ecofeminismo.pdf

Ostrom, E. (1995). "Diseños complejos para manejos complejos". En S. H. y M. Munasinghe (eds.) Property Rights and the Environment. Social and Ecological Issues. Gaceta Ecológica 54. http://www.ine.gob.mx

Sachs, I. (1974). Ecodesarrollo: un aporte a la definición de estilos de desarrollo para

america latina. *Estudios Internacionales*, *7*(25), 57–77 https://sci-hub.se/10.2307/41390796

Salhlins, M. (1974). Economía de la edad de piedra. https://revolucioncantonaldotnet.files.wordpress.com/2018/02/sahlins-economia_de_la_edad_de_piedra.pdf

Scaletta, C. (2022). La alianza antiexportadora y el verdadero ecologismo https://www.eldestapeweb.com/opinion/economia/la-alianza-antiexportadora-y-el-verdadero-ecologismo-20221160545

Svampa, M. (2011). Pensar el desarrollo desde América Latina http://maristellasvampa.net/archivos/ensayo56.pdf

Svampa, M. y Viale, E. (2020). Nuestro Green New Deal. https://www.revistaanfibia.com/green-new-deal/

Toporowski, I. (2022). MichalKalecki y la política del pleno empleo. https://www.sinpermiso.info/textos/michal-kalecki-y-la-politica-del-pleno-empleo

Lxs autores

Nuria Giniger es doctora en antropología de la UBA, investigadora del CONICET, especialista en estudios del trabajo, docente en la UBA, en la UNComa, en la UTN y militante.

Rodolfo Kempf es doctor en materiales de la UNSAM y físico egresado de la UBA, investigador de CNEA, especialista en combustibles nucleares, docente en la UBA, en la UNDAV y militante.

En el último tiempo, los debates respecto del ambiente, el desarrollo y la soberanía tomaron parte de la agenda pública. Si unx recorre los casos donde "la naturaleza" es la protagonista, la única idea que sobrevive es que "las personas estamos destruyendo el planeta". Frente a esta simplificación, nos parece oportuno acercar una caracterización y un análisis crítico de las distintas corrientes y miradas que participan del debate, o como dice Juan Ramón Quintana en su prólogo "una exégesis oportuna, necesaria y a su vez brillante sobre las sinuosas y cada vez más laberínticas teorías o posturas políticas que los expertos han decidido adoptar en sus debates sobre medio ambiente y desarrollo, o que en clave más amplia puede traducirse como la dialéctica entre cultura y naturaleza".

Este texto es una propuesta para sistematizar en esos debates y aportar a la construcción de una perspectiva emancipadora, que tenga en cuenta que en la actualidad la naturaleza es un campo de disputa.

ISBN 978-987-4039-16-3
9 789874 039163